



BOLSILIBROS
EASA

\$140

313

FBI





FBI



**LIBRERIAS
INTERMEX,
S. A. de C. V.**

F B I No. 313 - "ENTRE REJAS" -

© ALF MANZ

**1985 Derechos reservados por
EDITORIAL ANDINA, S. A.**

Madrid, España

Edición mexicana de

DISTRIBUIDORA INTERMEX, S. A.

Lucio Blanco 435,

Azcapotzalco 02400, D. F.

Editor responsable:

LEON K. WAINER

Miembro de la

CAMARA NACIONAL DE LA

INDUSTRIA EDITORIAL

Distribución exclusiva:

DISTRIBUIDORA INTERMEX, S. A.

Lucio Blanco 435

Azcapotzalco 02400, D. F.

Teléfono: 3-52-64-44

**Prohibida su reproducción parcial o total
sin permiso escrito de los editores.**

IMPRESO EN MEXICO

en los talleres de offset

EDITORMEX MEXICANA, S. A.

Av. de la Luz 83,

México 13, D. F.

ISBN 968-441-121-9

ISBN 84-06-03958-2 edición española

PRINTED IN MEXICO

ENTRE REJAS

Alf Manz

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Un murmullo «en *crescendo*», impresionante, se elevaba de las galerías.

En la prisión de Bowmanton, Pennsylvania, a las tres de la madrugada, dos condenados a muerte iban a ser ejecutados.

Tres mil reclusos, encerrados en sus celdas, hombres de toda clase y con distintos delitos a su cargo, sentían la presencia de la muerte, sugestionados por la suerte que esperaba a dos compañeros suyos.

A la misma hora que se realizaba la ejecución en una de las celdas de la galería «D», como en todas las demás, los cuatro ocupantes permanecían despiertos, echados en las literas. Un par de literas pendientes de la pared de la izquierda, superpuestas, y otras dos en igual forma, pendientes de la pared de la derecha.

La celda estaba a oscuras; solamente llegaba por entre los barrotes de la puerta el ligero resplandor de la lámpara de la galería.

—Deja de llorar, idiota —ordenó una voz bronca.

Como los sollozos continuasen, otra voz sonó en la oscuridad, de timbre más educado:

—No llores más, Horace. No pienses en esos que han muerto. Duerme, muchacho.

Los sollozos se fueron apagando paulatinamente, como también el silencio se espesó en la prisión de Bowmanton, pasado el nerviosismo producido por la ejecución.

Los guardianes conocían ya la excitación que las ejecuciones producían en los reclusos; más de una vez, locos, enfurecidos, habían intentado, inútilmente, destrozar los barrotes en una idea descabellada de rebelión.

En la misma celda, al rato, de la litera superior de la izquierda, bajó una voz, en suave susurro, la que antes había aconsejado cariñosamente a Horace que no llorase:

—¿Duermes, Boyd?

—No, Fred. No podré dormir en muchas horas. Estas noches son horribles para mí. Pienso, pienso y pienso, y daría cualquier cosa por destrozar mi cerebro. Siempre me pasa igual. En dos años aún no me he acostumbrado, Fred. Alguien dijo, y para mí es cierto, que lo más serio de la Vida es la Muerte.

—No lo creo así —afirmó el llamado Fred—. Lo más serio de la Vida es el Amor, cuando se tiene la suerte de encontrarlo.

Sonó, teñida de ironía, la voz del llamado Boyd:

—¡El amor! ¡Bah! El amor no es nada serio. Dices eso porque estás enamorado. Algún día te desengañarás.

Hubo una pausa en el diálogo. En las dos literas de la pared opuesta se oía respirar fuertemente y alguien se removía en el colchón.

La voz del denominado Fred, en la litera superior, preguntó, en un susurro apenas perceptible:

—¿Por qué odias a las mujeres, Boyd? Siempre hablas mal de ellas. Nunca me contaste por qué estás aquí. ¿Alguna mujer...?

La respuesta se hizo esperar, quedando evidente que al titulado Boyd le costaba gran esfuerzo hablar de su pasado.

Luego se le oyó responder, pronunciando muy lentamente:

—Fue una mujer. ¿Qué hombre no ha adorado a una mujer ciegamente? Tú tampoco me contaste nada de tu vida, Fred; solamente de la mujer que esperará cinco años más a que tú salgas de este infierno. Vives con el pensamiento puesto en ella. ¿Acaso no tenías bastante con el cariño de tu madre?

También esta vez se hizo esperar la respuesta, ahora por parte de Fred, el de la litera superior.

La contestación llegó muy debilitada, como si temblasen los labios que la silabeaban.

—Yo no tuve madre, Boyd. No he conocido a mis padres —se notaba la amargura que le costaba aquella confesión—. Tú eres mi mejor amigo, Boyd. A ti no me importa contártelo; no te reirás de mí. Tú sabes de todo y sabrás comprenderme. Yo no he conocido a mis padres, Boyd. No sé de quién soy ni de dónde vengo. Cuando

tuve uso de razón me di cuenta de que yo era un hijo sin padres y vivía en un orfanato, recogido por caridad. Si yo hubiese tenido una madre, ¡una madre!..., hoy no estaría aquí.

Murieron las palabras de la última frase, estranguladas por la emoción.

De la litera inferior surgió una sombra de silueta humana. Se oyó el roce de unos pies descalzos al tocar el suelo.

Después, unos leves crujidos, como de papel estrujado entre los dedos, y la voz de Boyd ofreciendo:

—¡Toma un cigarrillo, Fred! Ahora te daré lumbre.

En el rincón más apartado de la estancia refulgió algo, cual un veloz parpadeo luminoso, y en la oscuridad brilló la punta ígnea de un cigarrillo encendido. Al olor de humanidad, se unió el aroma del tabaco rubio.

El punto encarnado se movió en el aire, se detuvo, y de él nació otro, separándose.

De nuevo, la voz de Boyd manifestando:

—Ya había observado tu emoción cuando alguno hablaba de su madre. Te veía envidioso. ¿Qué fue de tu vida?

—Mi vida sólo ha sido lucha —declaró la voz varonil de Fred—. Salí del orfanato con el oficio de mecánico aprendido. Busqué trabajo; sobaban mecánicos a causa de la crisis industrial. Sufrí hambre, calamidades, miseria y lo que es peor, anduve sólo por la vida, sin que nadie tuviera una palabra cariñosa para mí. Descubrí, con terror, que el dinero era el amo del mundo. Yo, que buscaba cariño en mis semejantes, no encontré más que frialdad, codicia, egoísmo y falsedad. Trabajé en lo que ofrecían como a quien se le tiran las migajas del festín. Me propuse ser alguien, y estudiaba por las noches en la pensión, si es que pensión podían llamarse a aquellos tabucos de los arrabales. Aprendí muchas cosas, y fue peor, porque entonces vi lo mal que el mundo estaba hecho. A costa de lo más necesario fui ahorrando centavo a centavo. Y, al fin, conseguí dar el primer paso en firme, al menos eso creí yo.

Y como Fred se quedase callado, seguramente atormentado por su propia evocación, Boyd le animó a proseguir:

—¿Qué pasó después?

—Con lo ahorrado, encontré a un hombre que tenía algún dinero; adquirimos dos camiones viejos de transporte. Cada uno

conducíamos un camión; las ganancias nos las repartíamos a medias. Durante seis meses trabajamos duramente. Un día noté que mi socio me estaba engañando, quedándose con parte de las ganancias que me correspondían. Lo negó, me llamó «hospiciano», y yo me volví loco. Le machaqué a puñetazos la cara, y al caer se dio con la nuca en el cajón de las herramientas. Se quedó en el suelo, quieto, muy quieto. Comprobé que se había desnucado. Después huí, me persiguieron; tuve que robar para poder salir del Estado, pero me alcanzó la policía... y aquí estoy, condenado a un montón de años por homicidio. Yo no quería matar a aquel hombre. ¡Yo no lo maté! ¡Fue el Destino!

—¿Cuándo conociste a Honey? —interrogó Boyd, tras avivarse en la oscuridad la lumbre de su cigarrillo.

—Cuando me metí con los transportes. Ella vivía frente al garaje. Honey trabajaba, y trabajaba, en uno de los mejores almacenes de Filadelfia. Pensaba casarme con ella en cuantouviésemos cuatro camiones, porque el negocio parecía marchar bien. Honey me quiere mucho. Aunque ahora ha dejado de visitarme, porque está muy ocupada; ya ves que me escribe y se acuerda de mí.

—En tu lugar, yo me acordaría menos de esa mujer, Fred.

—¿Por qué dices eso, Boyd? —preguntó el otro, con voz ronca—. ¿Porque ha dejado de visitarme? Está muy atareada; ya me lo dice en sus cartas.

Boyd repuso, en tono paciente, con mucha suavidad:

—No me refiero a ella determinadamente. Es que nosotros no podemos darnos cuenta de que las mujeres no pueden esperar a un hombre durante tantos años. La vida empuja, y nosotros no pertenecemos a la vida.

—No te permito hablar así, Boyd —se oyó decir a Fred, alterado—. Conozco tu opinión sobre las mujeres, y disentimos totalmente. Tú estás amargado, y quieres amargarnos a los demás. Mi novia me esperará todo el tiempo que sea; nos vamos a casar.

—¡Calla, van a oírnos! ¡Viene el vigilante!

La sombra de Boyd desapareció en su litera e igualmente desaparecieron las puntas ígneas de los cigarrillos.

Siguió el silencio, solamente turbado por unos pasos lentos en la galería.

Al momento, ante los barrotes de la puerta de la celda pasó el uniformado guardián, en su ronda, dirigiéndose al fondo, a marcar en el reloj registrador, como era su obligación, cada cuarto de hora.

Tardó unos minutos en pasar nuevamente, de regreso a la rotonda central. Llevaría el «sin novedad» en la galería «D».

Otra vez, la sombra de Boyd se destacó de la litera, quedándose sentado en el borde de la estrecha cama. La lumbre de su cigarrillo reapareció.

De lo alto llegó la voz de Fred, preguntando:

—Eres muy reservado, Boyd. Nunca hablas de ti, y sí consigues saber de los demás. Me llamas amigo y nunca me has contado...

—No me gusta hablar de mí.

—¿No te gustaría volver con tu familia? ¿Tampoco tienes tú familia? ¿Has tenido madre, Boyd?

—Cuando antes me contabas tu infancia... me hacías recordar la mía. Tú vivías en un orfanato; yo vivía en un palacio. Tú no conociste a tus padres; los míos viven. Recuerdo mis primeros años... Mi padre, director y dueño de una empresa, estaba siempre fuera de casa; yo apenas lo veía. Dedicado por entero a los negocios, cuando me veía, sólo tenía para mí un beso indiferente. Y mi madre se pasaba el día en la peluquería, en las casas de modas y en reuniones con sus amistades. Mi casa parecía un orfanato cuidado por sirvientes. Después me llevaron de interno a un colegio, y se pasaban los meses sin ver a mis padres. Yo era un muchacho triste, separado de los compañeros, siempre leyendo y siempre pensando. Me hice viejo antes de tiempo. Y así haciéndome hombre...

—Una novia te habría hecho mucho bien, Boyd —le interrumpió Fred.

—La tuve. Simpatiqué con ella porque pensaba como yo. Fui feliz durante unos meses. Pensamos casarnos y hablé con mis padres. Se negaron a darme su consentimiento, porque ella era de una familia muy pobre. Me casé contra la voluntad de mis padres. Desde el mismo día de la boda comprendí mi gran error: mi mujer cambió totalmente. Había fingido tener mis ideales, para lograr cazar al hijo de un millonario. Al principio me negaba a creerlo, luché, traté de enmendarla; yo la quería. Y un día...

Como Boyd callase, seguramente por el dolor de su revelación,

Fred le instó:

—Un día, ¿qué, Boyd?

—Supe que me estaba engañando. Teníamos poco dinero y... Tuvimos una disputa, los celos me cegaron y..., y la maté... Cometí otra gran equivocación: pretender huir de los Estados Unidos para refugiarme en algún sitio perdido, en el lugar de mis sueños. Me cogieron en el barco, y después, el juicio, la sentencia, y esta prisión...

Hubo un largo silencio, tras la confesión de Boyd. La tragedia pesaba aún más en sus respectivas desdichas.

Ambos, Fred y Boyd, eran vidas torcidas, vidas sin rumbo...

Fue Fred el primero en hablar.

—Ahora comprendo tu odio a las mujeres, Boyd. Si a mí me ocurriese algo igual, no sé qué haría... Quiero tanto a mi novia, que sería capaz de...

Súbitamente, de las literas situadas en la otra pared de la celda llegó la voz bronca:

—¿Os queréis callar ya? No me dejáis dormir con tanto contar historias. En vez de hablar y hablar, bien os podíais romper los sesos en pensar una buena fuga. Si queréis libertad, escapaos, y si no sois suficientemente hombres, quedaos aquí o pudriros. Ya os querría yo ver en una fuga; no tenéis buena madera...

Contrastó el tono educado de Boyd con el brusco y áspero del que había hablado últimamente.

—Tú no puedes comprender ciertas cosas, Gunn. Será mejor que te duermas y nos dejes en paz. Siempre hablando de fugas y llevas aquí metido seis meses, y lo que te quede.

—No puedo comprender ciertas cosas, ¿eh? ¿Porque no soy un idealista? —preguntó el llamado Gunn sin moverse de su litera, recargando de mordacidad su última palabra—. ¡Maldita la falta que eso me hace! Yo, lo que no veo, no lo creo. A mí, dinero, billetes. Con los billetes se pueden comprar buenos trajes, vivir como un rajá en los mejores hoteles y alternar con mujeres de lujo. ¿Qué más se puede pedir a la vida? A mí que me dejen en Nueva York y que me metan veinte de los grandes en el bolsillo. ¡Veréis si me divierte!

—Será mejor que te calles, Gunn —se oyó decir a Fred, tajantemente.

—Me habéis despertado con tanta cháchara y tengo derecho a hablar lo que me dé la real gana. Parece mentira que tú, que has sido un trabajador, tengas tantos pájaros en la cabeza como Boyd. Él es un rico, y los ricos sólo piensan tonterías.

—¿Cuándo has trabajado tú, Gunn? —preguntó Boyd, suavemente.

—¿Trabajar yo? ¡Vamos, hombre! ¿Qué te has creído, que soy tonto? Todavía me acuerdo que mi padre trabajaba como un «pelao» y no teníamos ni para comer. Yo andaba siempre con el trasero al aire, porque mi madre también iba a trabajar. Volvían a la noche, deshechos, a comer una porquería, y todavía estaban contentos. Mi madre era una infeliz. De las casas ricas en que servía, me traía siempre alguna cosa buena de comer; yo me la comía, pero me daba rabia pensar que eran las sobras de un niño bonito, como tú serías entonces, Boyd.

La voz de Fred, emocionada realmente, le interrumpió:

—Tu madre te quería mucho, ¿verdad, Gunn?

—Mi madre y mi padre me querían, ¡para eso yo era su hijo! Me largué de la choza en que vivíamos en cuanto la «poli» del barrio descubrió que yo robaba en las fruterías. Hice amistades y comprobé que no estaba engañado. Conocí a tipos que vivían a lo bueno, sin trabajar. Les ayudé a dar unos «golpes»; me fui haciendo un hombre, y un día me aconsejaron que me hiciese boxeador, que tenía cuerpo para pelear. Aquélla fue la mejor temporada de mi vida. Me zurraban en el «ring», pero yo arreaba también. Fui cogiendo categoría. Me sobraban las mujeres bonitas. Un día, después de haber estado toda la noche de borrachera, tenía que boxear. Yo estaba molido. Mi padrino me aconsejó y me preparó los guantes. Él sabía mucho de todo. Subí al «ring» medio atontado, pero con los guantes «preparados», y le puse al otro los ojos como puños y más colorados que un tomate. Me lo cargué al sexto «round». La culpa la tuvieron los malditos jueces. Descubrieron la trampa y me descalificaron para siempre. Mi padrino me despidió a patadas y yo me encontré, de la noche a la mañana, sin un centavo en el bolsillo.

Rezumaban odio las palabras de Gunn al contar su historia.

Prosiguió:

—¿Qué iba a hacer ya? Me metí en una banda y otra vez volví a

manejar dinero. Desde entonces, de ladrón pasé a atracador, y a asaltante de bancos. Cumplí varias condenas cortas, me escapé una vez de la cárcel y liquidé a dos tipos que no querían soltar la «pasta». Nunca se enteraron de aquellas muertes; por eso estoy aquí solo por asalto a un banco. Ellos se creen que van a tenerme encerrado unos años; se van a tirar de las narices cuando vean que el «pájaro» voló. Y no voy a tardar mucho. Si vosotros sois hombres y os atrevéis... Yo tengo mis planes maduros. Y a este llorón de abajo habría que ponerlo a...

Quedaron flotando en la oscuridad las siniestras palabras de Gunn, el forajido desalmado.

De abajo, de la cuarta litera, brotó una voz de timbre juvenil, preguntando medrosamente:

—¿Ponerme a qué?

—¡A callar, mocoso! A callar cuando los hombres hablen —ordenó Gunn despectivamente—. Tú a ver, oír y callar, o tendré que darte un...

—Deja a Horace, Gunn —se oyó decir a Boyd—. Él también tiene derecho a decir lo que piense. Estamos los cuatro en la misma celda, y forzosamente tenemos que llevarnos bien.

—¡Si es un llorón, si siempre está regando el suelo! —Manifestó Gunn, burlonamente—. A su edad, yo era un hombre de pelo en pecho, y él parece una señorita cursi, y no sabe más que decir: «Soy inocente..., soy inocente...».

—Sí; soy inocente —afirmó la débil y temblorosa voz del llamado Horace—. Nadie me quiere creer, pero yo no lo hice.

—Si no lo hiciste, peor para ti, cacho idiota —le insultó Gunn—. ¡Hace falta ser tonto para pagar una cosa que no se ha hecho! Además, a mí no me vengas con ese hueso que roer. Cuando tú estás aquí es porque «liquidaste» a aquel amigo tuyo. No creas que por decir «soy inocente» te van a poner de patitas en la calle.

—¡Yo no lo maté! —afirmó, casi chillonamente, la voz de Horace.

—¿Vendrán mañana tus padres a verte, Horace? Mañana te toca visita —anunció, conciliador, Fred.

—Sí, vendrán. Vienen todos los jueves. Ellos saben que yo soy inocente.

—¿Qué te pasó, Horace? A mí nunca me lo contaste —se oyó

decir a Boyd.

—Como usted se ríe de todo..., pues...

—No, Horace; esta noche no me reiré de ti. ¿Quién eres tú?

—Yo..., yo..., pues soy... hijo de...

—De tus padres, ¡claro está! —comentó Gunn, riendo por lo bajo con una hilaridad soez.

—Quiero decir que mi padre tiene un establecimiento en Harrisburg. Yo trabajaba con él, y estudiaba contabilidad por las noches. Yo tenía amigos, y un domingo me llevaron a un sitio donde había mujeres...

Horace continuó narrando.

—Pues en aquel sitio bebimos, cantamos y bailamos. Yo me puse muy alegre. No sé qué pasó; hubo disputas. Me acuerdo que a un amigo mío le pegaron, y yo me tiré a ayudarle con una botella. No recuerdo más. Alguien me pegó en la cabeza, por detrás. Cuando volví en mí, me rodeaban tres policías. Me acusaron de asesinato. Yo no sabía de qué me hablaban hasta que vi a uno de mis amigos tendido en el suelo, echando sangre por el pecho, y a su lado, una pistola. Me tomaron las huellas, y resultaron ser iguales a las que tenía la empuñadura de la pistola. Luego me enteré que aquellas mujeres me acusaban a mí; mis otros amigos habían salido corriendo, antes de ocurrir la muerte. Por más que juré que yo no había sido, no me creyeron, y el Jurado me condenó. Mis padres... Lo siento más por ellos que por mí... Sobre todo, mi madre; la pobre, no hace más que llorar cuando viene a verme...

Se escucharon los sollozos de Horace, tumbado en su litera.

Se dejó oír la firme voz de Fred, cariñosa:

—No te preocupes, Horace. Ya verás cómo todo se aclarará muy pronto y otra vez volverás a tu casa, seguirás en la tienda y tu madre volverá a estar contenta. No lo dudes. Como no lo hiciste, pronto descubrirán al culpable...

Le interrumpió la presencia del guardián tras los barrotes, atraído en su siguiente ronda por los gemidos de Horace. Imperiosamente, mandó:

—¡A callar! No son horas de charloteo.

La celda quedó en silencio. La noche continuó hasta que fuese vencida por el día.

En aquella celda, el azar había reunido a cuatro hombres de

psicologías totalmente distintas, de vidas dispares, que sólo tenían un denominador común: los cuatro estaban sentenciados a larga condena.

CAPÍTULO II

Al día siguiente, tras la tarea de la mañana, los reclusos tomaban el sol, antes de comer, en el gran patio de suelo rayado por largas franjas pintadas en blanco.

Alrededor, tras las barandillas de hierro que colgaban de los grandes edificios de cemento, los vigilantes, armados, observaban los grupos desde su posición privilegiada.

Recostados en una pared, apartados de los demás, Fred y Boyd fumaban y charlaban.

Fred no tendría más de treinta años. Era alto, de recia contextura, de cabellera intensamente negra y ensortijada. Sus rasgos, típicamente meridionales, de sangre italiana. Sus ojos, grandes y verdes, poseían una vida especial.

Por el contrario, Boyd revelaba a primera vista su ascendencia anglosajona: rubio, delgado, también de elevada estatura, de frente despejada y de facciones enjutas. Aparentaba ser mayor que Fred. En sus ojos azules había un brillo velado, de espíritu que vive muriendo.

Cambiando la conversación sobre asuntos triviales, Boyd dijo, de pronto:

—Sería conveniente que olvidases cuanto te dije anoche, Fred. Anoche no sé lo que me pasó. La ejecución de éstos creo que nos excitó a todos.

—No hablemos más de esa cuestión. Ahí viene Gunn; parece estar contento.

A ellos se acercaba, también vestido con pantalones y cazadora azules, un individuo alto, corpulento, andando como un gorila, de pies y manos enormes. Habría pasado de los cuarenta años.

Su rostro era de bruto: cabeza pequeña, cuadrada; frente

estrecha, ojos pequeños, labios gruesos y nariz aplastada.

—¡Dadme un cigarrillo, muchachos! —solicitó con voz bronca y retumbante, alargando una mano velluda y deformada.

Luego de haber encendido el cigarrillo y de mirar alrededor, como cerciorándose de que nadie podría oírlo, comunicó en tono misterioso:

—Si sois hombres de una vez, esta noche tendréis ocasión de demostrarlo.

—Déjate de revueltas y ve derecho al grano, Gunn. Dinos de qué se trata, y ya veremos —manifestó Fred, ásperamente.

—No, no. Antes me tenéis que decir si estáis dispuestos a todo con tal de escapar.

Los otros dos reclusos se irguieron, como sacudidos por una descarga eléctrica.

—¿Estás soñando? —preguntó, irónicamente, Boyd.

—Contestadme sí o no —insistió el ex-boxeador, mirando con recelo a otro preso que pasaba de largo—. Hay una ocasión estupenda de escapar con suerte. Necesito ayuda, y como estáis en mi celda...

—Si no hay que matar, cuenta conmigo, Gunn —notificó Fred, gravemente.

—Conmigo cuenta también, Gunn —dijo, a su vez, Boyd.

—No tiene por qué haber muertes, muchachos. Recostaos en la pared y haced como que no tenéis interés en la conversación. Entre los vigilantes y los «soplones» hay que andarse con cuidado. ¿No os figuráis quién me ha visitado hace un rato? Vengo ahora mismo del locutorio.

Como los otros no respondiesen, aclaró él, hablando entre dientes:

—Yo tenía un buen amigo, al que hice varios servicios de importancia. Es abogado, y fue el que me defendió. Un hombre de dinero, de posición y más escurridizo que una rata. Me ha visitado varias veces; fraguamos la fuga, y ha llegado la ocasión. Será esta noche. ¡Esta noche podremos volar de este infierno! Ya me estoy viendo entre mujeres y delante de una botella de buen *whisky*.

—¿Cuál es el plan? —interrogó Fred, disimulando su interés.

—Esta noche vigila nuestra galería un guardián que esté comprado por mi abogado. Y en la muralla habrá otro, también

comprado. Los detalles, los sé yo. Saldremos los tres de la celda con la ayuda del vigilante. Acogotaremos a los de la rotunda y a los otros. Saldremos al patio; nos subimos a la muralla, y por una cuerda, ¡zas!, al otro lado. Mi abogado nos esperará en las inmediaciones, con un automóvil. Antes que descubran nuestra fuga, estaremos a una buena distancia de Bowmanton.

—¿Estás seguro de que esos guardianes nos ayudarán? —inquirió Boyd, desconfiado.

—Mi abogado sabe hacer las cosas. Lo conozco desde hace tiempo. Es más listo que el hambre. Es un viejo zorro en estas cuestiones.

—¿Por qué lo hace? —interrogó a su vez Fred, también receloso.

—Me necesita para un trabajo. Al salir yo, conviene que salgáis vosotros. Tontos seríais si desaprovecharais la ocasión.

—¿Qué haremos de Horace? —preguntó Boyd.

—Lo amordazaremos y lo ataremos. Es un mocosito, que nos estorbaría —propuso Gunn, despreciativamente.

—Tal vez le convenga salir de aquí. Estando en la calle, podría arreglar su asunto. Creo que no miente —manifestó Fred.

—¡Allá él y su inocencia! —exclamó el ex-boxeador.

Por segunda vez intervino Boyd, conciliador entre los dos reclusos.

—Por ahora no le diremos nada a Horace sobre el asunto; podría delatarnos sin darse cuenta. No sabría fingir. En el último momento ya veremos lo más conveniente.

Sonó roncamente la sirena de la prisión, con su largo aullido.

Los presos comenzaron a formar en columnas, siguiendo las paralelas rayas blancas trazadas en el suelo. Había llegado la hora de comer.

Y en el mismo día, después de la cena, cuando fueron reclusos en sus respectivas celdas, en la de Fred, Gunn, Boyd y Horace continuó incubándose la inminente evasión.

Los cuatro permanecían echados en las literas, los cuatro fumaban, mientras de las otras celdas de la galería «D» llegaba el rumor de las conversaciones.

Llegada la noche, sonó el toque de queda. El silencio imperó en toda la prisión de Bowmanton.

Hasta el amanecer no proseguiría la vida de los penados, en una

sucesión de días iguales, eternamente iguales...

Fue Gunn el que, tras pasar el vigilante inspeccionando cerraduras y barrotes, se echó abajo del lecho y se acercó a las literas de Boyd y Fred. Dijo en tono apenas perceptible:

—¡Ése es el vigilante comprado! Quedé con el abogado a las dos. Aún nos quedan unas horas de espera. ¿Qué hacemos, por fin, con el niño? Lo mejor sería liarlo en sus mantas y dejarlo amarrado para que no pudiese gritar.

—Hablemos primero con él —propuso Fred—. De todas formas, en tanto estemos aquí, no tendrá ocasión de delatarnos, y a última hora, siempre podremos amordazarlo.

Fred se apeó de su litera, y seguidamente los tres hombres rodeaban a Horace, que, no oyendo más que el rumor de la conversación, no se había atrevido a intervenir por temor a los malos modos del criminal Gunn.

—Oye, Horace —inició Fred, en voz bajísima—: Supongamos que lográsemos salir los cuatro de la cárcel. ¿Qué harías tú en ese caso?

—¿Salir? ¿Salir de aquí? —preguntó el muchacho, con tono excitado, irguiéndose su figura en la oscuridad, sobre la litera.

—¡Calla, mocosito! —le ordenó Gunn, poniéndole su enorme mano en la boca—. Como grites más voy a tener que retorcerte el pescuezo.

—Es una suposición, Horace —prosiguió diciendo Fred—. Por entretenernos, hasta tener sueño, estamos hablando de lo que haríamos si, por ejemplo, esta noche se nos presentase ocasión de fugarnos. Di: ¿qué harías tú?

—Yo..., yo, pues..., pues...

La voz del muchacho temblaba de emoción sólo de pensar que podía verse libre, a pesar de que le habían dicho que era hablar por hablar.

—Pues yo me iría a ver a mis amigos, para que me dijese quiénes eran las mujeres con que estuvimos aquella noche. Y las obligaría a contar la verdad de lo que pasó. Yo descubriría la verdad, agarraría al culpable y lo llevaría a la policía para que se aclarase todo.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —afirmó Gunn, remedando el acento juvenil de Horace, irónicamente, para después preguntar con no

menor burla—: ¿Cómo ibas a agarrar a ese tipo que te echó la culpa? ¿Crees que se iba a dejar llevar tan tranquilamente a la Comisaría? ¡Tú eres tonto de los pies a la cabeza, muchacho! ¡Vamos a dejarlo con sus tonterías! —terminó Gunn, dirigiéndose a sus otros dos compañeros.

Apartados los tres en un rincón de la celda, el más lejano de la puerta, Fred, comentó:

—Es cierto que Horace ha dicho una tontería, pero eso demuestra que él no es culpable. Si lo fuese, no se le ocurriría siquiera pensar en ir a la Comisaría. Tenemos que llevárnoslo; no debe estar aquí. Es muy joven, está empezando a vivir y...

—Será un estorbo —repitió Gunn.

—No valdrá para deshacernos de los vigilantes, pero sí nos podrá ser útil en algunos servicios. No olvides que habrá mucho por hacer. Cuando estemos en libertad, ya veremos lo que hacemos. ¿Qué opinas tú, Boyd?

—Estoy tratando de adivinar el propósito que te guía, Fred. No comprendo ese interés tuyo. Si es inocente, nosotros mismos lo meteríamos en un lío. Será mejor dejarlo aquí, y ya se descubrirá la injusticia que con él se ha cometido.

—Eso mismo digo yo —apoyó Gunn.

—Pues nos lo llevaremos —insistió Fred, tercamente—. Tengo mis planes y no quiero que este muchacho, siendo inocente, se pudra en la cárcel. En último caso, con soltarlo luego, allá él se las componga. De momento, puede valernos de mucho en la fuga. Tres somos muy pocos para desembarazarnos de los vigilantes de la rotonda.

Como no hubo oposición en este sentido, los tres reclusos volvieron nuevamente a la litera de Horace.

Gunn notificó al muchacho:

—Escucha, mocoso: Oye y cierra el pico; no se te ocurra abrir la boca ni para respirar. Esta misma noche vamos a fugarnos. Nos van a ayudar dos vigilantes, y fuera tenemos esperándonos un coche y un buen amigo. Tú vendrás con nosotros. No nos interesa alarmar a los de las otras celdas. Como fracasemos por ti, voy a retorcerte el pescuezo, te metas donde te metas. Ahora a callar y a dormir. Ya te avisaremos a su hora.

El llamado Horace, obedeciendo al bravucón criminal, no

respiró siquiera.

El tiempo fue transcurriendo. Los minutos sumaron horas. El vigilante pasaba a marcar en el reloj registrador, al fondo de la galería «O», con los intervalos reglamentarlos.

Se oyó decir a Gunn, desde su litera:

—¿Qué hora tienes, Boyd? Mira tu reloj.

En la oscuridad brilló algo: el reloj de pulsera de Boyd, con las manecillas y los números fosforescentes.

—La una, Gunn.

—Entonces, todavía queda un rato.

Los cuatro reclusos vivían los momentos más desesperantes de su vida.

Pensaban y sopesaban la persecución que se desencadenada tras su pista, la posibilidad de burlar a la policía...

A la media hora, Gunn quebró el silencio de la celda, diciendo:

—Ya será hora. Hay que estar preparados. Calzaos con cuidado, y no os pongáis más que los pantalones.

—¿Cuáles son los detalles del plan? —preguntó Fred.

—Ahora verás. El mismo guardián nos indicará. Ya quedé yo en todo con el abogado. Si no hay algún fallo, que no lo habrá, escaparemos sin alborotar el «gallinero».

Sin moverse de las literas, los cuatro reclusos fueron calzándose, después de ponerse los pantalones. Gunn mascullaba una maldición cada vez que sonaba algún muelle o se hacía un pequeño ruido.

Unos minutos más tarde se oyó el giro de la llave en la cerradura de la primera puerta de la rotonda. Volvió a oírse el chirrido; estaban cerrándola.

Seguidamente volvió a escucharse la cerradura de la puerta segunda, la interna de la galería, y ésta no fue cerrada, a juzgar por la falta del ruido correspondiente.

Sonaron unos pasos en el piso de cemento, pasos lentos, de persona que no tiene prisa.

Un vigilante pasó muy despacio ante la celda de Gunn, mirando por entre los barrotes.

Los presos se quedaron rígidos en las literas. Cuando pasó hacia el fondo, Gunn anunció en voz bajísima:

—¡Ése es el nuestro! ¡Es Whipple! ¡Aguardad mis órdenes!

Y echando pie a tierra, anduvo con sigilo hasta la puerta,

pegándose materialmente a los barrotes.

Fred, desde su litera, veía recortarse la monumental silueta de Gunn contra la luz de la galería.

A los pocos momentos de nuevo se oyeron pasos, en sentido contrario.

En el rectángulo de la puerta apareció el vigilante. Se detuvo un instante, rozando los barrotes, y luego prosiguió su marcha hacia las puertas que comunicaban con la rotonda.

Gunn regresó a su litera, lanzando un suspiro de satisfacción.

Chirriaron nuevamente las cerraduras. Se reanudó el silencio en la prisión de Bowmanton.

Solamente en aquella celda de Fred y los otros habló alguien, Gunn, notificando jubilosamente, en tono reprimido:

—¡Ya tengo la pistola en mis manos! Está cargada hasta los topes. ¡Esto va bien! Ahora hay que esperar a la otra ronda; dentro de media hora. Cuando yo actúe, ayúdame tú, Fred. Mucha serenidad y nada de palabras. Usa los puños en lugar de la lengua.

—¿Habrá tiros? —se oyó preguntar, temerosamente, a Horace.

—Ni uno, bebé —repuso Gunn, de buen humor ante la perspectiva de la fuga—. Y no vayas a echarte a llorar. Veas lo que veas, echa una mano y no andes con mojigaterías. Puesto a quitar de en medio a quien sea, no me importarla desperdiciar una bala en tu pellejo. ¡Ándate con vista, y no se te ocurra meter la pata!

Lentos, pesados, asfixiantes, fueron transcurriendo los minutos.

Con un arma en su poder, sentían más próxima y probable la libertad.

Comenzaban a dejar de ser hombres. Empezaban a perder la razón para convertirse en fieras capaces de matar a zarpazos por alcanzar la libertad. Nadie, a no ser mediante la fuerza, podría detenerlos.

Pasado el cuarto de hora, se repitieron los chirridos de las puertas que daban a la rotonda. También se repitieron los pasos, acercándose.

Un vigilante, más alto que el que había pasado en la ronda anterior, pero más delgado, con la gorra encasquetada hasta las orejas, pasó por el centro de la galería, dirigiendo miradas indiferentes a las puertas, en dirección al reloj registrador.

—¡Ése es de tu estatura, Fred! ¡Quítate los pantalones, sin hacer

ruido, y prepárate! —dijo Gunn, echándose abajo de la litera, y acercándose a la puerta.

Llevaba empuñada la pistola, que ocultó a su espalda. Pegado al muro de la derecha, con la frente junto a los barrotes, aguardó, como fiera al acecho.

Los otros tres contenían la respiración. ¡El instante ansiado se hacía presente!

Sonaron los pasos de regreso del vigilante.

Gunn se irguió, sin variar de posición. Cuando el guardián pasaba ante él, le chistó suavemente, llamándole:

—¡Oiga! ¡Venga! Hay un compañero muy enfermo, que está quejándose toda la noche. Yo creo que debía usted...

Y siguió hablando, mientras el guardián, inocentemente, se acercaba a la reja de barrotes que él creía inexpugnables.

Entonces, con la velocidad del rayo, por entre los barrotes apareció el cañón de la pistola de Gunn, apuntándole al pecho.

—Quédate quieto y sin gritar —le ordenó, simultáneamente, el criminal, empleando su acento más amenazador, pero sin subir el tono—. ¡Te acribillaré a balazos si mueves un dedo!

El guardián, cogido de sorpresa, quedóse inmóvil, a pesar de llevar un arma en la pistolera del cinturón.

Instintivamente, iba a mirar hacia la rotonda, pero la advertencia de Gunn lo paralizó en su movimiento de cabeza:

—¡No te muevas, o te mato como a un perro! Si me obedeces, escaparás con vida. El cargador lo tengo lleno de balas; no me gustaría darle al gatillo.

A continuación, Gunn hizo una seña con el brazo izquierdo. Fred, en calzoncillos, se le acercó.

El criminal volvió a dirigirse siniestramente al vigilante:

—Abre esta puerta, sin hacer ruido, y pronto. No muevas el llavero. ¡Estoy apuntándote al corazón!

Como un autómatas, el vigilante obedeció. Era padre de cinco hijos, y en anteriores fugas siempre había muerto algún vigilante. Él no quería dejar huérfanos a sus hijos. A él le apuntaban con un arma y...

Apenas quedó desechado el pasador de la cerradura, Gunn indicó a Fred:

—Abre la puerta despacio y hazlo pasar, pero sin salir tú ni

asomar siquiera la mano. ¡Rápido! —conminó, por último, al guardián.

Éste obedeció sumisamente. Tenía noticias del historial sangriento de Gunn; no quería ser una víctima más. Entró en la celda.

Volvió a cerrarse la puerta. Dejando la pistola en la litera próxima, las manos de Gunn se aferraron al cuello del vigilante, que perdió el conocimiento a causa de la asfixia. No exhaló ni un lamento.

—Vamos a quitarte la ropa en seguida, Fred. Te la pondrás tú. Es de tu estatura. ¡Aprisa! En cuanto estés vestido, agarras la pistola y sales a la galería, con la gorra puesta. Sales con calma, como si tú fueses el guardián. Vas a las puertas que dan a la rotonda. La primera te la encontrarás abierta; tienen esa costumbre, por comodidad, cuando van a marcar en el reloj. Te acercas a la segunda, y das con una llave cualquiera en un barrote, como distraído; tres golpes seguidos y uno después. Se levantará a abrirte uno de los vigilantes. Déjalo acercarse, mientras no pueda reconocerte. Entre tanto, Whipple estará apuntando a los otros de la mesa, para que no den la alarma. Tú le apuntas al tuyo y haces lo que yo. Oblígale a que la abra, o lo matas en el acto. En cuanto la puerta esté abierta, le sacudes un golpazo en la cabeza. Yo estaré mirándote. No se te ocurra flaquear, porque sería capaz de machacarte los huesos.

Terminaban las instrucciones, dichas rápidamente y en voz queda, cuando Fred ya estaba vestido con el uniforme del vigilante yacente en el suelo. Se puso la gorra y el corraje.

El peligro estaba en si los de la rotonda se habían dado cuenta que el de la ronda en la galería «D» había desaparecido en una de las celdas.

Como si se conjuntasen en los pensamientos, Gunn aclaró:

—Si han notado la falta de éste, lo habrán achacado a que alguien le ha pedido auxilio por enfermedad. No es probable; estarán medio dormidos, o leyendo, como siempre. Conserva la serenidad y no te apresures. ¡Andando! ¡Toma la pistola que me dio Whipple! ¡Llévala atrás, que no te la vean! Yo me quedaré con la de éste.

Frederick Foster salió de la galería, abriendo suavemente la

puerta de la celda, y volviéndola a entornar, procurando que no chirriasen sus goznes.

Su primera mirada fue para la rotonda. A través de las dos puertas enrejadas en que terminaba la galería distinguió a cuatro vigilantes, sentados a la mesa circular en el interior. Ninguno de ellos tenía la cabeza levantada; ninguno parecía haber observado la desaparición de su compañero.

—¡Anda! —le susurró Gunn, al otro lado de los barrotes.

Frenando la excitación de sus nervios, y afirmando los músculos de sus piernas, Fred echó a andar hacia la rotonda.

Daba pasos cortos, inseguros, como si a sus tobillos fuesen cogidas pesadas cadenas. Mantenía la mano derecha a la espalda, pegada a su cintura, empuñando la pistola. En la izquierda llevaba el llavero.

Tal como Gunn había anunciado, la primera puerta no tenía echada la llave. La segunda sí estaba cerrada.

Entonces, con el llavero golpeó Fred en un barrote en la forma convenida. Tres golpes seguidos, una pausa, y otro golpe.

Los de la rotonda levantaron la cabeza, pues los golpes, pese a haber sido dados flojamente, sonaron con estridencia en el silencio de la prisión.

Fred sentía seca la garganta; oía los latidos de su propio corazón como pistonazos de un motor. Vio que uno de los guardianes se levantaba y salía fuera de la mesa circular, acercándose por la rotonda con una llave en la mano.

Fred, temiendo ser reconocido, bajó algo la cabeza, con el fin de que la visera de la gorra le ocultase parcialmente el rostro.

El guardián se acercaba sin prisas, de mala gana, soñoliento. Estaba ya a dos pasos de la puerta.

Con un movimiento rápido, el guardián quedó encañonado, a la vez que Fred le decía en voz baja:

—¡Abre o te mato! ¡Abre!

El miedo al arma, el destello asesino en los ojos de Fred, o una cobardía innata, hicieron obedecer al vigilante.

Oscilaron sus manos en el aire al intentar meter la llave en el ojo de la cerradura: no atinaba.

—¡Pronto, o disparo! —Le intimó Fred, observando unos movimientos extraños en la mesa circular.

Al fin entró la llave, abriendo la puerta.

Empujando violentamente, sin vacilar, Fred golpeó el cráneo del guardián con el cañón del arma; el hombre se desplomó, inerte.

El joven corrió hacia el centro de la rotonda, sintiendo a su espalda varias pisadas; las de sus compañeros lanzados a la fuga.

Cuando llegó al borde de la mesa circular, se encontró con que el vigilante Whipple, el traidor a su deber, tenía encañonados con otra arma a sus compañeros: un sargento y dos números.

En el momento que había oído los golpecitos en el barrote y uno de los vigilantes se había levantado a abrir, Whipple, un tipo bajo y de tez rojiza, había desenfundado su pistola y amenazado a los otros tres, impidiendo que tocasen el timbre de alarma.

Con la pistola al frente se acercó Gunn, a grandes zancadas. Sus ojillos bestiales relucían de jubilosa embriaguez por el éxito inicial.

Le seguía un joven de unos veintidós años, de piel pálida y pecosa, de cabellera color de zanahoria y con ojos de miope tras unos gruesos lentes. Su expresión era de asustado, y miraba a todos lados como si fuesen a cogerlo de improviso.

Gunn pasó al círculo interior de la mesa, colocándose al lado de Whipple.

—¡Poneos de espalda! —ordenó roncamente al sargento y a los dos guardianes.

Los tres amenazados obedecieron sumisamente; aún estaban desconcertados por la traición de su compañero. Los tres cayeron sin sentido, con la cabeza golpeada.

Gunn no perdió el tiempo. Dirigiéndose a Boyd, le indicó:

—Pasa y ponte el uniforme de uno de éstos, en seguida —y mirando al jovencillo de los lentes—: Y tú también, Horace. ¡Tenemos que darnos prisa!

Poco después, Gunn, Boyd y Horace terminaban de vestirse de guardianes. Gunn llevaba el uniforme del sargento.

Entre tanto, Fred y Whipple habían arrastrado al vigilante caído en la rotonda, ocultándolo en la mesa. Si alguien llegaba inesperadamente, no sospecharía el cambio, al primer momento.

Los cinco, uniformados y armados, se miraron un instante, como estudiándose mutuamente y, a la vez, midiendo el conjunto de sus fuerzas para intentar la segunda etapa de la evasión.

Gunn murmuró:

—¡Adelante! Tú, Whipple, guíanos, y habla con el vigilante de salida. Ve tú delante, y quítanos el estorbo. De ti no recelará.

Desde donde estaban, el centro de la rotonda, pudieron comprobar que en ninguna de las galerías había murmullos; los otros reclusos continuaban durmiendo.

Whipple anduvo por uno de los brazos de la estrella, hasta detenerle el rastrillo de la salida al exterior.

Pronunció un nombre en voz baja, el de su compañero de guardia en aquel rastrillo, y al instante, por entre los barrotes, se vio a un vigilante.

Gunn y los demás fugitivos observaban la escena desde la mesa de la rotonda. Vieron que Whipple movía la cabeza, como dialogando con el otro. A continuación la puerta se abrió. Asimismo distinguieron que el brazo armado de Whipple se levantaba y caía sobre la cabeza del vigilante del último rastrillo.

—¡Vamos, muchachos! —ordenó Gunn, atravesando la rotonda a grandes zancadas y blandiendo su pistola.

A los pies de Whipple yacía su compañero. El vigilante traidor encontró la llave para abrir la última puerta, también de barrotes eje hierro, y con dos grandes hojas de cristal esmerilado, que sólo tenía un rectángulo transparente, a modo de ventanilla.

Salieron al exterior. La noche era oscura como boca de lobo. El viento silbaba en los tejados de las naves. La muralla enmarcaba la prisión, en cuyas esquinas y en el centro de cada lado se levantaba un torreón.

Allí radicaba el peligro. En cada uno de aquellos torreones, hacía guardia un vigilante, armado de ametralladora, dominando todos los rincones del patio por haberse estudiado convenientemente con las galerías de las celdas.

—¿Dónde está Devlin? —preguntó Gunn a Whipple, en voz baja —. Hazzard me dijo que no tendríamos que luchar con el cuerpo de guardia de la muralla para subir.

—¡Seguidme! Todo lo tenemos preparado. No habrá necesidad de subir a la muralla por la escalerilla que arranca del cuerpo de guardia; con ellos no podríamos.

El grupo de los cinco hombres comenzó a atravesar el patio, dirigiéndose hacia la izquierda y alejándose de la cárcel propiamente dicha.

—No hagáis ni mucho ni poco ruido al andar —les recomendó Whipple—. Lo normal, como de quien no tiene miedo.

Bastante difícil de realizar era el consejo. Los reclusos no podían dominar su lógico temor a los vigilantes que, desde la muralla, disfrutaban de una posición ideal para barrerlos con sus ametralladoras.

En aquella explanada del patio, al descubierto, bastaría con una ráfaga de proyectiles para ahogar la fuga en sangre.

Ni siquiera les quedaba el consuelo de caminar con la pistola en la mano. Gunn les había aconsejado que las enfundasen.

Fred procuraba que Horace no se rezagase en aquella marcha desesperada hacia la libertad; el muchacho, en un momento de excitación, podía dar al traste con la evasión.

Súbitamente, un reflector se encendió en lo alto de la muralla, y su lívida luz recorrió el pasillo hasta enfocar el grupo.

—¿Quién va ahí? —preguntó una voz tonante.

—«¡Okey, boy!»^[1] —repuso Whipple, con aparente naturalidad y sin dejar de andar.

Seguidamente el foco se apagó y todo volvió a quedar como dormido, excepto el grupo que continuaba su marcha hacia el torreón del ángulo izquierdo de la muralla.

La estúpida respuesta de Whipple, por su misma sencillez, poseía un sello de naturalidad tan grande —unido a que el guardián había reconocido la voz de Whipple y distinguido los uniformes del grupo—, que cualquier otra respuesta, más larga y explícita, hubiese sido sospechosa. El de la muralla estaba acostumbrado a las rondas que hacía de vez en vez el sargento del cuerpo de guardia.

Al fin llegaron al pie de la muralla, en su ángulo de la izquierda.

El muro parecía subir hasta el cielo, por su altura; no tendría menos de treinta y cinco pies.

Whipple avanzó un paso, y muy quedamente llamó:

—¡Devlin; soy Whipple!

Del torreón salió una sombra, y al instante algo silbó en el aire. Era una gruesa cuerda. Gunn tiró de ella, comprobando que estaba bien cogida por el otro extremo. Dijo al oído de Fred:

—A mí se me da muy mal trepar como un mono. Es necesario hacerse en seguida con la ametralladora de arriba, por lo que pudiese tronar. ¿Qué tal se te da a ti subir?

Como respuesta, Fred se agarró con ambas manos a la cuerda y, apoyando los pies en el muro, subió bastante ágilmente.

Al llegar arriba, jadeante y con los músculos de los brazos cansados, se tropezó con el vigilante cómplice de Whipple, el tal Devlin.

—¿Dónde está la ametralladora? —le preguntó.

El guardián traidor lo llevó hasta el arma montada sobre un trípode, a fin de poder girar y cubrir distintos ángulos, tanto del exterior como del interior.

—¡Pónmela en tiro! Yo vigilaré, y tú ayuda a subir a los otros —ordenó el joven al guardián.

Sintiendo la culata de la mortífera arma en el hombro, Frederick Foster experimentó una sensación de poderío ilimitado. La imaginación le hacía creer que con apretar el gatillo bastaría para hacerse dueño de la prisión, eliminando las otras ametralladoras emplazadas en el resto de los torreones.

Miró al exterior: en la oscuridad de la noche se perdían los contornos de las cosas.

Fred respiró con ansia el aire de la libertad. Allí, en aquélla lejanía ignota, estaba la libertad, al alcance de su mano. Dada su excitación por la aventura, ni siquiera sintió frío en aquel rato de espera.

Fueron uniéndose Boyd, Horace, Gunn y Whipple. Gunn se volvió a hacer cargo del grupo. Tiró de la cuerda, afianzada por el extremo superior en la pata del trípode del reflector, y la echó al otro lado de la muralla.

—¡Cúbrenos la retirada, Fred! —murmuró Gunn junto al joven.

Cual sombras mágicas, fueron desapareciendo, uno a uno, los fugitivos. Whipple y Devlin se unían a ellos, decididos a cambiar su profesión de vigilantes por la de forajidos; estaban bien comprados y no querían rendir cuentas a la Justicia.

Mientras aguardaba a que descendiese el último de sus compañeros, Fred se agarraba a la ametralladora febrilmente.

Comenzó a sentir miedo, al quedarse rezagado. De un instante a otro podrían descubrirlos, a causa de cualquier ruido alarmante, y desde los otros torreones le dispararían nubes de proyectiles.

No se realizaron sus temores. Horace fue el penúltimo en descender, y él fue el último, dejándose caer agarrado a la cuerda,

sin importarle despellejarse las palmas de las manos.

Whipple y Devlin guiaban el grupo, por conocer el lugar. Marchaban en silencio, pisando en terreno quebrado, alejándose en línea perpendicular a la muralla, con el propósito de salir cuanto antes del alcance de las ametralladoras.

La noche estaba bien elegida. No había luna, y el cielo aparecía encapotado de nubarrones que presagiaban tormenta. El amigo de Gunn, el abogado Hazzard, sabía lo que se hacía.

Atravesaron una carretera y volvieron a andar por terreno inculto.

Fuera de los muros opresores de la prisión, los evadidos creían tener alas en los pies. Su marcha era rápida. Cuando alguno tropezaba en un pedrusco y caía, los otros seguían, limitándose simplemente a chistarle, a fin de que no causase alboroto.

Si entonces hubiesen escuchado el aullido largo y lastimero de la sirena, anunciando la evasión, los fugados habrían corrido desenfrenada y ciegamente.

Como no fue así, llegaron con bien a un bosquecillo, tras el cual permanecía, con las luces apagadas, un gran automóvil de largo motor.

Alguien salió al paso del grupo, con un cigarrillo encendido. Y una voz untuosa y suave se dejó oír:

—¿Todo bien, muchachos?

—¡Hola, Hazzard! —repuso Gunn, adelantándose—: Todo ha ido como la misma seda. Sin muertes y sin escándalos.

—¿Cuántos sois?

—Seis: los de mi celda, Whipple y Devlin.

—¡Subid atrás! ¿Quién de vosotros sabe manejar bien el volante?

—Yo —afirmó Fred, recordando el mucho tiempo que fue transportista.

—Siéntate a mi lado, en el «baquet», y pon el coche en marcha. Yo te iré diciendo el camino. No enciendas los faros, por ahora. Vosotros —dirigiéndose a los demás—, tenéis ahí ametralladoras. Si hubiese jaleo, usadlas sin miedo. En cuanto se enteren, se va a armar la de Troya. Pero nada de anticiparse. Yo daré la orden de disparar. También encontraréis ahí unos líos de ropa. Cada lío es un traje completo. Cambiaos como podáis.

El coche se puso en marcha, bajo la experta mano de Fred, y tras balancearse al pasar por unos hoyos, salieron a la carretera. El acelerador fue pisado a fondo.

CAPÍTULO III

Conforme avanzaba el coche, siguiendo la ruta marcada por Hazzard, Fred miraba de reojo a éste, al abogado que los había salvado.

Empezó por no gustarle su barriga, ni sus grandes mostachos, ni sus infladas mejillas, la cima de una cabellera cortada a lo Kaiser le confería un aspecto curioso. No obstante, era indudable que bajo aquella capa de grasa se escondía una inteligencia astuta y malvada a la vez.

Fred le preguntó, con simulada indiferencia:

—Si no sabe usted conducir, ¿quién ha traído hasta aquí el automóvil?

El abogado no se molestó siquiera en mirarle para responder.

—Yo lo traje, pero no soy conductor bueno —y volviéndose en el asiento, indicó a Gunn—: Oye: cuando termines de cambiarte de ropas, ven acá. Pararemos un instante. He de explicarte el asunto...

En cuanto Gunn estuvo también en el «baquet», el «asunto» quedó explicado.

En Doreyville, una ciudad a bastante distancia de Bowmanton, existía la sucursal de un banco de Pennsylvania. Por la noche sólo quedaba un vigilante, que, al hacerse de día, yantes de que fuese la hora de llegada de los empleados, tenía la costumbre de salir a la puerta un momento, a recoger el periódico que le llevaba un vendedor. Si, aprovechando su salida, tres hombres decididos entraban en el banco y se apoderaban de algún dinero, sin causar alboroto, el negocio merecería la pena.

Al terminar de explicar su plan, quedó al descubierto el motivo de que Hazzard tuviera interés en sacar a Gunn de la cárcel. Gunn tenía una forma de manejar la nitroglicerina como si fuese

mantequilla.

El abogado le tenía dispuesto los aparatos necesarios para los taladros. Los otros fugitivos le ayudarían en su tarea.

—¡No lo considero oportuno en esta situación, cuando acabamos de fugarnos! Antes del amanecer toda la policía estará alerta, buscándonos. Lo que interesa es huir en seguida de este Estado —se opuso Fred.

Hazzard miró detenidamente al conductor, para él desconocido. Luego, volviendo su rollizo cuello hacia Gunn, sentado a su derecha, le preguntó muy suavemente, entre extrañado y divertido:

—¿Quién es este señor que tiene categoría para opinar?

—Un compañero de celda. Siempre lleva la contraria.

—¡Ah, excelente caballero! —exclamó el abogado, irónicamente—. Habrá que convencerlo de la conveniencia del asalto al banco. Yo soy una buena persona y me gusta socorrer al necesitado. Sin embargo, no dispongo de medios para daros unos billetes con el fin de que podáis esconderos muy lejos de estas tierras. Para ir a otro sitio hace falta dinero. Tendríais que robar a un tabernero, a un tendero; en fin, a personas que apenas tienen en la caja un par de billetes. Sois muchos; no tendríais suficiente, e iríais dejando por ahí un rastro muy fácil de seguir. Yo pensé, modestamente hablando, que un banco en condiciones permitiría la solución, además de cobrar yo mi parte por el magnífico servicio que os he prestado. El asunto queda bastante claro así, ¿no es verdad? He gastado cuanto tenía en Whipple y Devlin.

Hubo una pausa, mientras los forajidos meditaban la audaz proposición del abogado.

Boyd fue el primero en argüir:

—El

F. B. I.

[2] se nos va a echar encima.

—El

F. B. I.

tiene otras muchas cosas que hacer en estos tiempos de tormenta política, mi estimado señor. El

F. B. I.

no puede dedicarse a perseguir a los ladrones de unos miles de dólares. Lo dejará en manos de la policía estatal. De eso estoy

completamente seguro. Además, ese banco no es federal.

—Nada, muchachos; no hay que darle más vueltas y revueltas al asunto. Esto es pan comido. Conozco al señor Hazzard desde hace tiempo, y lo que él planea nunca falla —animó, Gunn.

—¿Cuántos hombres seremos necesarios? —interrogó Fred al abogado, sin dejar de pisar el acelerador, ya con los faros iluminando la carretera.

—Tres dentro del banco, uno en la puerta de la calle, cubriendo la retirada, y otro sentado al volante de este mismo coche.

—Entonces, sobramos uno —advirtió Fred.

—No estorbará —manifestó Gunn.

—Horace no intervendrá en el asunto —aseveró Fred.

—¿Por qué? —interrogó, rudamente, Gunn, echándose hacia el parabrisas.

—Porque yo no quiero, y no hay más que hablar. Ese muchacho no hace falta, según este... señor..., y no hay que meterlo tontamente en un lío. Él no es como nosotros.

—Mucho te interesa el niño —dijo Gunn, burlonamente.

—Si no hay necesidad de él, ¿para qué utilizarlo? En realidad, nos servirá de bien poco, si no es que comete algún error, echándolo todo a perder —intervino Boyd, desde el asiento posterior.

Ante sus palabras, sensatas y astutas a la vez, no hubo objeción alguna.

El vehículo continuaba rodando a gran velocidad, como alma que lleva el diablo.

Siguiendo las indicaciones de Hazzard, conocedor del terreno, rodearon un pueblo, por un camino vecinal, y de nuevo volvieron a la carretera principal, en dirección a Doreyville.

En el trayecto, Fred fue sustituido al volante por su amigo Boyd, que también sabía conducir.

Fred pasó atrás, donde se quitó el uniforme de vigilante, vistiéndose un traje que, afortunadamente, no le tiraba de las articulaciones.

Comprobó que con ellos viajaba un verdadero arsenal.

Hazzard, hombre que ya había demostrado previsión y astucia, mandó parar en pleno campo.

—Hay que deshacerse de los uniformes. Ahí va también una

azada. Bajad dos y cavad un agujero donde quepa toda la ropa que os habéis quitado. Este retraso no importa. Tendremos tiempo de sobra para llegar a Doreyville al amanecer.

La operación se realizó con normalidad, sin que otro vehículo cruzase por la carretera en aquellas horas de la madrugada.

Los uniformes, hechos un lío, fueron enterrados en un terreno inculto; encima colocaron una gran piedra.

Nuevamente, Fred se puso al volante, y reanudaron la marcha. Las conversaciones fueron animándose. Pasaba el tiempo y los fugitivos aún no sentían el agobio de la persecución.

Hazzard las prometía muy felices con el dinero que iban a obtener como botín. Los únicos que no hablaban eran Fred y Horace.

El muchacho, sentado en un balancín, permanecía ensimismado sólo Dios sabe en qué pensamientos. Fred estaba atento a la conducción y fumaba sin cesar.

Boyd fue el que trabó una conversación larga con Hazzard. Éste era un hombre culto, entendía y sabía de todo, y Boyd no le iba a la zaga. Salió a relucir la posibilidad de obtener algunos documentos de identidad falsos.

—También lo tengo pensado, muchachos —anunció Hazzard—. Lo que os conviene es largaros cuanto antes de los Estados Unidos. Os aconsejo que, en cuanto demos el golpe, os marchéis al Sur, a la frontera con Méjico. Son muchas millas de frontera mal vigilada, y no será difícil entrar en aquella tierra. Tengo preparados unos documentos, con distintos nombres y actividades, y varias estampillas falsificadas. Lo que necesito son vuestros retratos. En Doreyville dispongo de una casita, aunque ya sabe Gunn que no vivo allí, y tengo máquina de fotografiar y laboratorio de revelado. Antes de dar el golpe os tomaré las fotografías. Cuando terminéis, pasáis otra vez por allí, hacemos el reparto y os entrego los documentos de identidad. Después, cada uno que tire por donde más le convenga.

Sus palabras causaron el efecto que era de esperar. Ninguno de los fugitivos dejó de admirar la inteligencia de aquel tipo mantecoso.

Tal como el abogado había planeado, no tuvieron ningún contratiempo en el veloz viaje. El coche funcionaba

maravillosamente, esencia no faltaba y se cruzaron con otros vehículos, especialmente camiones, pero nadie les echó el alto.

Procuraban rehuir la entrada en los pueblos. Hazzard tenía estudiada la ruta a la perfección y conocía todos los vericuetos.

Serían las seis de la mañana cuando se acercaron a Doreyville. Aún no había amanecido, pero el cielo comenzaba a pasar del negro al gris sucio.

Hazzard ocupó el sitio del conductor, y entró en los arrabales de la ciudad, que era pequeña, compuesta en su mayor parte de chalets de líneas alegres y coquetonas, rodeados todos ellos por cuidados jardincillos.

Según Hazzard, a la izquierda había grandes montañas, todas ellas conteniendo valiosos yacimientos de carbón en sus entrañas. Justamente el dinero que pretendían robar pertenecía a los mineros.

Hazzard llevó el coche hasta uno de los chalets, que parecía elegido a propósito para albergar a unos fugitivos: aislado entre el término de dos callejas, con un jardín, con dos puertas en su valla, dando una de ellas a un camino que conducía directamente a la carretera general.

Al descender, ya dentro del jardín, el pitido de una locomotora sonó en las cercanías. Los forajidos se inmovilizaron.

Hazzard sonrió, aclarando:

—La estación de ferrocarril está muy cerca, al otro lado del pueblo.

En vez de entrar en la casa, una edificación de dos plantas, el abogado los llevó a una construcción destinada, evidentemente, a cochera.

Ya dentro, sin más luz que la de una linterna de bolsillo, les comunicó:

—Una vieja a mi servicio cuida de la casa. No conviene que os vea, por lo que pudiera pasar. Aquí estaréis bien. Yo os traeré algo de beber y comer. Bajaré la máquina y os haré las fotografías.

Efectivamente; al rato, el abogado volvía a entrar en la mal iluminada cochera, portando pan, fiambres y una botella de *whisky*. De un bolsillo se sacó varios papeles impresos para extender certificaciones.

Sentado en el coche y apoyando un libro en el volante, con una estilográfica fue haciendo una filiación falsa de cada uno,

acomodando la profesión al aspecto del fugitivo.

Luego tiró las fotografías con indudable práctica.

—Ahora, muchachos —dijo, mirando su reloj de pulsera—, vendrá Gunn conmigo a reconocer el terreno. Vosotros quedaos aquí; no se os ocurra salir para nada.

En cuanto salieron del jardín, Fred se apartó con Boyd a un rincón del garaje.

—¿Qué te parece todo esto, Boyd?

—No me gusta nada. Es cierto que necesitamos dinero y que él no tiene por qué dárnoslo. Lo del banco, no está mal, aunque está visto que si nos sacó de allí fue para que le sacásemos a él las castañas del fuego. En fin, nos hace falta dinero. El tal abogado es un pillo; no me gusta nada.

—Soy de tu parecer. El que me preocupa es Horace. Fíjate en él; está asustado, y no se echa a llorar por casualidad. Quiero librarlo de este asunto. Si hay sangre, no me gustaría que él se manchase. Habría que dejarlo aquí y venir luego por él.

—No ganarías nada con dejarlo aquí. Si se trata de probar, el día de mañana, que él no intervino en este «negocio», tendrás que presentar algún testimonio de su inocencia. Hazzard habló de la estación. Seguramente, en este pueblo, la estación será el único sitio donde haya gente levantada a estas horas. ¡Llévatelo a la cantina de la estación!

—¿Tienes algún dinero?

—Ni un centavo, Fred. Pídele a cualquiera de los vigilantes. Ellos tendrán.

Sin inconveniente, Fred obtuvo de Whipple un dólar. Después indicó a Horace que saliera con él al jardín.

El otro vigilante, Devlin, se opuso a esta salida, alegando que podrían descubrirlos. Boyd le hizo callar.

—No los verán, y a ti no te importa lo que hagan. Aprende que ya no estás en la cárcel. Pasaron los tiempos en que nos mandabas formar y decirte «señor».

Saliendo del jardín, Horace, desconcertado, preguntó a Fred:

—¿Adónde vamos? Tengo frío.

—Te llevo a la cantina de la estación. Allí estarás bien, hasta que terminemos el asunto.

Mientras caminaban, orientándose por los pitidos de las

locomotoras que hacían maniobras, Fred expuso sus planes al muchacho.

—No debes meterte en estos líos, Horace. Yo sé que tú eres inocente y debes seguir siéndolo. En cuanto consigamos el dinero, iremos a Filadelfia, y yo me encargaré de deshacer la injusticia que contigo cometieron. Tú solo no podrías triunfar. Te falta experiencia.

Horace se detuvo unos instantes en la calle, solitaria como un cementerio, para observar el rostro de Fred a la luz grisácea del alba.

—¿Por qué siempre has sido bueno conmigo, Fred? Tú has sido el único amigo en la cárcel. ¿Por qué?

Cruzó por la viril faz de Fred una expresión fugaz de emoción. Grave y lentamente, repuso:

—Porque tienes una madre que está sufriendo, Horace. Por ella tenemos que aclarar la injusticia que la hizo desgraciada. No olvides nunca que tu madre será la fiel amiga, la que nunca te engaña, la que nada espera de ti a cambio de su cariño... Quiérela mucho, Horace.

—Eres muy distinto a los otros —aseguró el muchacho, visiblemente emocionado, llevándose el índice de la mano derecha a las narices para levantarse el puente de las gafas.

—Soy uno de tantos, Horace. Yo no tuve madre. Mucho quiero a mi novia, pero más querría a mi madre. No le des disgustos; obedécela en todo. Ella sólo querrá para ti todo lo bueno del mundo. Pórtate siempre decentemente. Cuando seas mayor y tengas hijos, quírelos mucho. Y, entonces, acuérdate que tuviste un amigo que se llamaba Frederick Foster, un desgraciado que sólo fue dando tumbos por la vida.

—Deja a éstos, Fred. Son unos criminales. Tú no eres como ellos.

—No puedo. El peligro nos liga. Juntos, tal vez podamos huir con bien; por separado, terminarán atrapándonos. Yo he de seguir el camino que el Destino me trazó. Pase lo que pase, he de continuar adelante. Sé el final que me espera; tal vez sea mejor que esta existencia que he llevado...

Calló Fred, con la voz estrangulada.

Prosiguieron andando a buen paso.

Antes de entrar en los edificios de la estación, Fred aconsejó a

Horace:

—¡Quítate los lentes! Te llamas Percy Vann, y estás esperando el tren. Procura que todos, en especial el cantinero, se fijen bien en ti. Aquí tienes un dólar. Espérame. Vendré a buscarte y nos iremos juntos. No tengas miedo, y, por lo que más quieras, no se te ocurra moverte de aquí. Dame tu palabra.

—Te aseguro que no me iré, Fred. Aquí te aguardaré. Seguiré tus instrucciones.

Cuando Fred regresó a la casa de Hazzard, éste y Gunn ya estaban de vuelta.

—¿Adónde has ido? ¿Dónde está el otro? —le preguntó el abogado.

—Lo llevé a la cantina de la estación. Necesitaba que lo viesen, para que nunca tenga que pagar lo que ahora vamos a hacer...

—Es que yo dije que... —insistió el abogado, enrojeciendo su faz mantecosa.

—Ya está hecho. ¿Qué hay del banco?

Hazzard repitió sus instrucciones y ultimó los detalles.

Se frotaba las blancas y regordetas manos, una contra la otra, y respiraba con satisfacción por el resultado de lo que se avecinaba.

Finalizó sus explicaciones:

—En cuanto deis el golpe os venís aquí, al coche. Yo os tendré preparados los documentos con las fotografías puestas. Hacemos el reparto, y que cada uno se vaya por donde mejor le parezca. ¡Adelante, muchachos, de buena gana os acompañaba, pero he de hacer esos revelados! ¡Nada de muertes! ¡Las cosas bien hechas, bien parecen! Guárdate las herramientas debajo de la chaqueta, Gunn, y cuidado con el frasco.

Dentro del automóvil, conduciendo Fred, que seguía el camino aprendido anteriormente por Gunn, los cinco forajidos se pusieron en marcha.

El pueblo comenzaba a despertar. Las ventanas de muchas casas estaban ya abiertas, indicando la laboriosidad de sus moradores. Los barrenderos limpiaban las calles. En distintos vehículos, algunos comerciantes llevaban sus modestas mercancías al mercado.

Se veía en los rostros las señales del sueño. Nadie se fijaba en nadie, y ninguno estaba de buen humor, lamentando haber tenido que abandonar la comodidad del lecho.

El centro de la población, presentaba calles amplias, limpias, con edificaciones modernas y de alguna elevación. Doreyville era, realmente, una ciudad bonita.

Los cinco forajidos se apearon del coche en el punto que Gunn señaló.

Únicamente quedó Fred, al volante, por si el asalto se diera mal y necesitasen huir a todo gas.

—Boyd y Devlin: vosotros pasaréis por delante del banco, aquella casa de tres pisos de la izquierda, y fingiréis charlar animadamente en la esquina. Estad atentos a mis maniobras.

Whipple vendrá conmigo, y él os hará una seña para que os acerquéis, sin prisas y sin sacar las armas. El de los periódicos, según lo dicho por Hazzard, no tardará en llegar.

Devlin y Boyd se alejaron del coche a ocupar su puesto. Aparentaban estar muy entretenidos en la conversación.

Gunn y el otro se separaron del vehículo, y por la misma acera en que estaba situado el banco, caminaron, hasta detenerse a unas yardas de la gran puerta enrejada.

Fred, sentado en el «baquet», observaba a las dos parejas. No sentía miedo, pero en el fondo, le satisfacía no tomar parte activa en el asalto.

Se fijaba en los viandantes, todos ellos con andares apresurados, como de personas que llegan retrasadas a su obligación.

Transcurrieron unos minutos de espera. Gunn y Whipple charlaban, fumando, moviendo mucho los brazos, cual personas en discusión amistosa.

Al fondo, en la otra esquina, Boyd y Devlin se apoyaban en una farola y fingían estar muy interesados en conversar.

Por fin, al extremo de la calle se escuchó el grito de anuncio de un vendedor de periódicos.

Tardó unos momentos en aparecer, pasando junto a Boyd. Devlin le compró dos ejemplares y prosiguió hablando con su compinche.

El vendedor, un mozalbete, se encaminó directamente al banco cruzando la acera.

Con el gesto indiferente de la persona que ha repetido innumerables días la misma operación, se empinó para pulsar el timbre. Gunn y Whipple echaron a andar hacia él, con lentitud.

Cuando Fred, a través del parabrisas, vio que el mozalbete arrojaba un periódico al interior y se separaba de la puerta, siguiendo su camino, consideró por fallido el asalto.

Gunn dio entonces tres grandes zancadas, casi rozando al vendedor, y se aproximó a la puerta enrejada.

En el suelo de mármol del zaguán estaba tirado el periódico. Un hombre abría en aquel momento una puerta interior de cristales y se agachaba a recoger el diario.

—¡Pchs, oiga!

El vigilante nocturno del banco levantó la cabeza al escuchar la llamada que le hacían desde la calle. Se quedó inclinado, con la mano tendida al papel, al ver que una pistola de gran calibre estaba encañonándole.

Gunn le advirtió con voz sombría:

—Voy a matarlo ahora mismo si no se acerca. ¡Venga, o lo mato!

Siempre el miedo ha sido la causa de muchos actos que repugnan a los hombres. El vigilante obedeció, y llegó hasta los barrotes de la puerta.

—¿Qué quiere usted? —preguntó, temblorosamente, al comprobar que eran dos los individuos que estaban apuntándole:

—¡Abra en seguida, o lo acribillo! ¡Aprisa!

—¡No!

—¡Abra, o lo mato! —repitió, amenazadoramente, el forajido, usando de su vozarrón tormentoso.

Maquinalmente, asustado, el vigilante obedeció. Del bolsillo del pantalón sacó una llave.

—¡Dame esa llave, y quita antes el timbre de alarma, perro! ¿Crees que puedes engañarme? —preguntó Gunn, informado convenientemente por Hazzard respecto al sistema defensivo del banco, a la vez que metía la mano izquierda por entre los barrotes y se apoderaba de la llave.

—¡Tengo que desconectarlo dentro! —arguyó el vigilante.

—¡Mientes, maldito! Cuidado, porque voy a apretar el gatillo. Sé que hay ahí un cuadro. Desconecta el timbre de alarma, o tu familia recibirá noticias tuyas desde el otro mundo.

El vigilante obedeció, desapareciendo un instante de la vista de Gunn, amparado en el muro junto a la puerta. Allí se quedó, encogido en el rincón, burlando al forajido.

Gunn esperaba la treta. Hazzard también le había hablado de tal posibilidad. Metiendo el brazo armado por entre los barrotes, lo dobló de forma que la pistola volvió a encañonar al vigilante, aunque Gunn no lo viese. Estaba fuera de su campo visual, pero no de la línea de tiro de su arma.

—¡Un segundo, y te meto el cargador en el cuerpo! ¡Pronto! ¡Obedece!

Sudando copiosamente, sabiendo su vida pendiente de un hilo, el vigilante obedeció, desconectando en el cuadro el timbre de alarma.

—¡Ya está! —musitó, más muerto que vivo.

—¡Acércate!

En cuanto vio de nuevo al vigilante, Gunn abrió con la llave momentos antes conseguida.

Entraba en el zaguán, cuando se volvió al oír la voz de Boyd:

—¡Adentro, tú!

De una ojeada observó que Boyd y Devlin se habían acercado y encañonaban por la espalda, con las pistolas ocultas por los periódicos, a un transeúnte demasiado curioso, que se había detenido al observar a dos individuos pegados a la puerta del banco.

Gunn sonrió ferozmente. Aquella situación le divertía mucho. Disfrutaba con el terror de los dos encañonados.

—Adentro, muchachos, que voy a cerrar la puerta. Llevaos a éstos adentro. ¡Tened cuidado!

Él cerró la puerta de hierro y siguió a los otros, que ya habían atravesado la que separaba el zaguán de mármol del patio de oficinas, solitario, y con sus mesas desocupadas, que parecían dormidas.

—¡Dadles fuerte!

Boyd y Whipple obedecieron, golpeando con el cañón de sus armas al vigilante y al curioso, en la cabeza.

—Echad una ojeada por ahí, mientras yo hago los agujeros para la «sopa».

Súbitamente se abrió una puerta, a la derecha, apareciendo bajo el dintel otro individuo, con un revólver en la mano. Su vacilación le perdió.

Gunn apretó sólo una vez el gatillo de su arma. El segundo

vigilante cayó herido de muerte en el pecho. La detonación sonó fragorosamente en el recinto.

—¡Maldita sea! —exclamó Devlin, temiendo que el estampido causase la alarma en la calle.

—No hay por qué preocuparse, muchachos, Seguro que no lo han oído. De todas formas, sal tú, Whipple, y pásate por delante de la puerta. Cúbrenos la retirada en cuanto oigas la explosión, si es que la oyes, porque ya vengo preparado. Toma la llave de la puerta.

Boyd miró unos instantes los tres cuerpos caídos; uno de ellos tenía con su sangre la albura de las baldosas de mármol. ¡La primera muerte! Sabía que a aquélla seguirían otras. ¡La ruta infernal estaba trazada!

Él y Devlin recorrieron las distintas dependencias del banco, observando por las ventanas si en la calle había alguna anomalía.

La gente seguía pasando, ignorante de los trágicos acontecimientos que se desarrollaban en el interior del banco.

Cuando llegaron a la caja de caudales, situada en el sótano, Gunn —que indudablemente había aprendido bien las instrucciones del diabólico Hazzard— estaba relleno de nitroglicerina los orificios hechos en la puerta reforzada de la caja. Manejaba el frasquito con suma delicadeza, que resultaba grotesca, por su corpulencia y brusquedad.

Era la especialidad criminal del antiguo boxeador. Él y la nitroglicerina gran dos fuerzas poderosamente destructoras y aniquiladoras.

—¡Atrás, muchachos, y cerrad todas las puertas! En cuanto haga explosión, venid en seguida uno, y el otro que salga a la calle.

Devlin y Boyd salieron del sótano. El primero se dirigió a la puerta de salida, en tanto que Boyd cerraba todas las demás.

Sonó apagadamente la explosión, como el rumor del mar.

Gunn, rápidamente abrió la puerta del sótano. De abajo subía una columna de humo asfixiante, que le hizo retroceder.

Cuando hubo pasado la humareda, extendiéndose en la atmósfera de las oficinas, Boyd descendió, encontrando a Gunn con un saquillo de lona en la mano.

La puerta de la monumental caja de caudales estaba materialmente deshecha en grandes fragmentos.

En el interior, alumbrándose con una linterna llevada preventivamente, Gunn contemplaba gruesos fajos de billetes de a cien dólares en distintos compartimientos metálicos.

—¡Ayúdame, Boyd! —indicó el criminal, con un brillo satánico en las pupilas, a la vista de tan gran tesoro—. Y son nuevos. ¡Ricos! ¡Somos ricos!

Ansiosamente, con manos que más bien parecían garras, fueron metiendo los billetes en el saquillo de lona. Apenas tardaron tres minutos en recoger el botín.

—¡Arriba, Boyd! ¡Vete preparado con la pistola! ¡Seguramente tendremos jaleo!

A todo correr, subieron la escalera.

En el patio de las oficinas continuaba todo igual; los tres cuerpos seguían inmóviles.

Boyd se asomó al zaguán. A través de la puerta de cristales, donde campeaban grabadas las siglas de la entidad bancaria, pudo ver que Devlin y Whipple estaban en la calle, simulando leer el periódico, pero dirigiendo miradas furtivas a los alrededores.

—¡El camino está libre, Gunn!

Con la pistola en el bolsillo derecho de la americana, los dos forajidos franquearon la primera puerta de cristales y la segunda, que Devlin había dejado entornada.

En la calle, el tráfico había aumentado, pasando varios automóviles y camionetas. Sus motores habían sido la tapadera de la explosión ocurrida antes en los sótanos del banco.

Devlin y Whipple estaban nerviosos, pálidos y miraron con ansiedad a Gunn, que llevaba bajo el brazo, doblado, el saquillo de lona.

—¡Uno delante y dos detrás, muchachos! Nada de prisas. Muy bien podemos ser empleados del banco. Nada de miedo.

Quedaba evidente que todas aquellas palabras de Gunn tenían como propósito principal animarse a sí mismo. Un hombre de su ralea también se estremecía en tales circunstancias, y más cuando llevaba encima una verdadera fortuna en billetes nuevos y flamantes.

De buena gana, los cuatro hubieran corrido hasta el automóvil, que los esperaba en la esquina. Se contuvieron, y nadie les echó el alto.

Fred los veía acercarse, paso a paso. Observó el bulto que llevaba Gunn bajo el brazo. El golpe no había fallado.

Respiró hondamente y puso el motor en marcha.

—¿Bien?

—¡Bien! —repuso Gunn, sentándose en el «baquet» y poniendo el saquillo entre sus piernas. Con la mano derecha empuñaba nuevamente la pistola—. ¡A casa de Hazzard! Sin prisa, pero rápido. Nada de chocar ahora con alguien.

El automóvil enfiló calle adelante, pasando ante la puerta del banco, que había quedado otra vez cerrada por Devlin. Todo parecía seguir igual.

Torcieron a la derecha, recorrieron varias calles, a moderada velocidad.

Fumaban y fumaban, aspirando el humo con una delectación que los convertía en sibaritas: los nervios les reclamaban nicotina en abundancia.

El propio Hazzard salió a abrirles la puerta de la valla, dejando paso libre al vehículo, que fue llevado directamente a la cochera.

El abogado se frotaba las manos; también estaba nervioso.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido eso?

—Aquí está —anunció, triunfalmente, Gunn, levantando el saquillo.

—Dos de vosotros cerrad la puerta de la cochera. Encenderé la linterna. La instalación eléctrica sigue estropeada. Tardaremos muy poco en hacer el reparto, pero no conviene que nos vean —indicó Hazzard.

El garaje quedó solamente con la luz de la linterna del abogado.

En el círculo luminoso, sobre el suelo, Hazzard comenzó por ir sacando los falsificados documentos de identidad y repartiéndolos.

Fred se apropió también del destinado a Horace.

Luego, Hazzard abrió la boca del saquillo; le temblaban las manos. Llovieron sobre el piso los billetes. Casi todos eran de cien dólares.

—¡Son nuevos! ¡Vaya una maldita casualidad! —exclamó el abogado, coléricamente—. Esto complica las cosas. Estarán apuntadas sus numeraciones y no se podrán cambiar tan fácilmente. Un billete apuntado es la pista más fácil de seguir. ¿Qué podríamos hacer?

—Tú haz el reparto, y ya veremos... —propuso hoscamente Gunn.

—¡Ya está! Como yo no necesito este dinero, de momento, os voy a dar a vosotros los billetes pequeños, mejores para el cambio. ¡Aunque tampoco hay tiempo de contarlos! Vamos a hacerlo a ojo, como buenos amigos; no tiene importancia que en una parte vaya un billete de más o de menos. Ésta es la tercera parte, aproximadamente. Es para mí. No lo consideraréis excesivo, ¿verdad? Gasté mucho dinero para sacaros de allí, y, en realidad, yo fui quien planeé el golpe, y eso tiene su valor.

—Déjate de explicaciones y haz el reparto —gruñó Gunn—. Aquí estamos perdidos, si nos han descubierto.

—Ahí, detrás de aquel cajón, hay una cartera. No vais a llevar el dinero en los bolsillos.

En la cartera, grande y con cerradura y correas, fue metida la parte destinada en común a los forajidos. El mismo Hazzard pasó las correas por las hebillas, cuidadosamente.

—¡Buen pico os vais a repartir, muchachos! —comentó, festivamente, irguiéndose con la cartera en la mano—. En aquella mesa está la llave; os conviene llevarla cerrada.

Al echar a andar, pisó torpemente la linterna que había en el suelo. La luz se apagó. Hubo un instante de desconcierto.

—Enciende la tuya, Gunn —se oyó decir al abogado en las tinieblas—. Y alumbrame, que estoy buscando la dichosa llave. ¡Vaya una casualidad!

Al momento, Gunn encendía la misma linterna que usó en los sótanos del banco.

Todos estaban inmóviles, con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta. Desde que tenían el botín, la desconfianza y el recelo habían nacido entre ellos. Comenzaba otra especie de infierno. La codicia y la persecución empezaban a actuar.

Hazzard estaba junto a una mesa, sobre la que se veían varias herramientas para coches. Tenía en la mano izquierda la cartera. Del cajón de la mesa sacó una llavecita, que metió en la cerradura.

Luego, cartera y llave, se las entregó a Gunn, diciéndole, amistosamente:

—A ti te corresponde ser el guardián. Si no fuese por ti, todavía estaría el dinero en la caja fuerte —y a continuación, jocosamente,

se dirigió a los otros—: No habréis aprovechado la ocasión para quitarme algún billete de los míos.

Y tranquilamente, costándole trabajo agacharse, se puso a meter su parte del botín en el saquito de lona. Aconsejó:

—Me permito deciros que os conviene salir cuanto antes de aquí, en el automóvil. Aún tendrá gasolina, y en cualquier surtidor de por ahí podréis comprar. Whipple y Devlin tienen dinero suelto. En algunos días no os conviene gastar el dinero ese. No olvidéis que sus numeraciones están apuntadas. Yo he pedido un coche de alquiler, y me iré en seguida. ¡Buena suerte, muchachos! Andaos con vista. La policía estará unos días haciendo como que hace, pero luego pasará lo de siempre; se enterrará el asunto.

No tenían necesidad los forajidos de más para subir rápidamente al automóvil.

El propio abogado les abrió la puerta de la cochera y de la valla del jardín. Les hizo un saludo de despedida.

Ya en la calle, Fred, sentado al volante, anunció:

—Hay que recoger a Horace; está en la cantina de la estación.

—¡Eso es una locura! Ya estará al caer la hora de los oficinistas, y descubrirán el panorama del banco —se opuso Gunn, sujetando fuertemente entre las piernas la cartera de cuero.

—¡Allá vamos! —insistió, tercamente, Fred.

—¡Que ahorquen a ese mocoso! —estalló Gunn, a la vez que en su mano diestra aparecía la pistola. Encañonó a Fred, sentado a su lado—. Tú tira para la carretera. Cuanto antes tenemos que salir de este poblacho. —¡Guárdate ese cacharro, Gunn, o tendrás que soltarlo a la fuerza! —Sonó, secamente, la voz de Boyd.

El criminal ex-boxeador sintió en su nuca el duro contacto del cañón de un arma. Boyd estaba apuntándole por detrás.

—¡Malditos! ¡Esta vais a pagármela! Sois muy amigos y estáis contra mí. Más adelante...

—Más adelante nos perderás de vista, Gunn —le advirtió Fred, satisfecho de la intervención de su amigo Boyd, y torciendo el volante para internarse en la ciudad y tomar el camino de la estación.

—Son las siete y media —anunció Boyd, mirando su reloj de pulsera—. Los empleados del banco llegarán a las ocho. Tenemos media hora para recoger a ese muchacho y salir de aquí a toda

marcha.

En el pueblo de Doreyville no se notaba anormalidad alguna.

El tráfico había aumentado, funcionando sin interrupciones, y los vecinos transitaban por las aceras, sin detenerse a formar grupos o corrillos.

En la explanada de la estación, Fred paró el coche y echó pie a tierra.

—¡Acompáñale, Devlin! Será mejor indicó Boyd al vigilante, traidor, sin perder de vista a Gunn.

Fred y Devlin penetraron en la cantina de la estación.

Horace, al verlos entrar tan tranquilos, saltó del taburete en que se hallaba, junto a la barra del mostrador. Bastaba mirarle la palidez de su pecoso rostro y el nerviosismo de sus manos para cerciorarse del miedo que había pasado mientras estaba solo.

Ostensiblemente, con el propósito de llamar la atención del mozo del bar, Fred le dio una palmada en la espalda, y le preguntó en alta voz:

—¿Qué tiempo llevas aquí esperando?

Horace, aturdido, sin darse cuenta de lo que su amigo pretendía, repuso, inocentemente:

—Mucho rato.

—¡Hombre, ya! Quiero decir a qué hora viniste, a qué hora entraste aquí —y mientras hablaba, miró significativamente al gran reloj colgado en la pared.

—¡Ah, sí! Estoy aquí desde las siete menos cuarto. Como ahora son algo más de las siete y media, pues calcula.

—Bien, bien. ¿Has pagado? ¿No? Pues paga a este hombre. No vaya a ser que te eche a la policía detrás por tramposo.

Fred dio ocasión para que el mozo observase bien al muchacho.

Salieron de allí y volvieron al automóvil.

—¡Arreando! —Gruñó Gunn—. ¡Estoy que ardo! Este niño... Cojamos una carretera cualquiera, y ya tendremos tiempo de pensar un sitio donde escondernos durante algunos días. Con el dinero que llevamos, creo que bien podremos comprarnos unas latitas de conservas.

Reía grotescamente el criminal, golpeando con avaricia la cartera de cuero.

Devlin y Whipple le hicieron coro. Simpatizaban más con el ex-

boxeador que con los otros. Para ello, Gunn representaba la fuerza bruta, el poder avasallador.

Whipple tenía la nariz surcada de rojas y amoratadas venillas, índice de su afición al alcohol.

Devlin, de mirar siempre temeroso, llevaba constantemente en la comisura de los labios una colilla apagada.

Durante media hora, el automóvil rodó hacia el Este, alejándose de Doreyville.

Los forajidos se las prometían muy felices. Los únicos silenciosos eran Fred, atento a la conducción, y Horace, callado y con la vista baja.

—Se nos está acabando la gasolina —anunció Fred—. Habrá que parar en un depósito. Los que llevéis dinero, abonad el gasto.

—No nos queda casi nada —arguyó Devlin—. ¿Para qué vamos a ponerlo nosotros, llevando ahí una verdadera fortuna?

—Lleva razón —asintió Gunn, comenzando a desatar las corredlas de la cartera—. Entre los grandes, también había pequeños. Con los pequeños no hay miedo de si la numeración...

Y con verdadero placer introdujo la llavecita en la pequeña cerradura, saboreando por anticipado la visión que ofrecerían los fajos de billetes.

Nada más abrir la cartera, lanzó un grito de rabia incontenible, blasfemando a continuación horrorosamente.

Fred frenó, a la vez que miraba también el interior de la cartera; recortes de periódicos. Los billetes se habían transformado, mágicamente, en trozos de papel de periódico.

Volcados materialmente en los hombros de Gunn, el resto de los forajidos se cercioró del engaño.

Hubo maldiciones, amenazas, juramentos y palabras soeces a granel.

—¡Vamos por ese maldito abogado! ¡A mí no hay quien me la dé! —estalló Gunn, machacando a golpes la cartera, como si ella tuviera la culpa—. Ese vampiro nos dio el cambiazco cuando pisó la linterna. ¡Canalla!

—Se aprovechó de nosotros —comentó Devlin—, valiéndose de que huiríamos de la policía, perseguidos, y no nos creyó capaces de ir tras él. Pase lo que pase, yo no me trago este engaño. ¡Vamos por él!

—No tenemos suficiente gasolina para regresar a Doreyville —manifestó Fred—. Y no hemos pasado por ningún depósito. Si continuamos un poco, encontraremos alguno. Luego decidiremos.

Prosiguieron la marcha, de acuerdo con el consejo de Fred.

Si las maldiciones tuviesen la fuerza de las armas, seguramente Hazzard habría muerto instantáneamente, estuviera donde estuviese en aquellos momentos.

Tal como Fred había supuesto, a las pocas millas de recorrido hallaron un surtidor de gasolina. Antes de llegar, él mismo aconsejó, inteligentemente:

—¡Apeaos tres! Sobre todo, Horace, que es fácil de identificar. Escondeos por aquí o sentaos en la cuneta. No conviene que nos vean a todos. Si la radio ha dado ya la alarma, habrán dicho los que somos. Les bastaría contar para conocernos.

—¡Bien hablado, Fred! —asintió Gunn, por una vez conforme con el joven—. Estos cuatro que se queden aquí.

Iremos los dos. Yo estaré prevenido. Venga tú, Whipple, dame la «pasta» que tengas.

Se apearon todos, menos Fred y el ex-boxeador. Y en el coche prosiguieron avanzando hasta llegar al depósito de gasolina, que también tenía un pequeño restaurante.

A los diez minutos regresaron a recoger a los otros.

Con el depósito lleno de gasolina, unos bocadillos y una botella sin haber despertado sospechas, al parecer, emprendieron el camino a Doreyville por segunda vez.

—Estará todavía en su casa —pronosticó Gunn—. El creería que no abríramos la cartera hasta estar más lejos. Por eso nos machacaba que los billetes tenían tomada la numeración y que usásemos el dinero de estos dos. ¡Valiente pájaro! Como lo coja, voy a cortarle el pico y las alas; ¡el muy ladrón!

Fred pisaba a fondo el acelerador. La carretera, a causa de la velocidad del vehículo, daba la impresión de ser una cinta estrechísima.

No obstante, ellos corrían más con la imaginación que el coche con las ruedas. Se veían ya acorralando al abogado, haciéndole vomitar los fajos de billetes.

Fred condujo el automóvil por los mismos vericuetos que anteriormente lo había llevado Hazzard, rehuyendo entrar en las

calles principales.

Esta vez sí que vieron agitación en los vecinos. Descubrieron que tres mujeres charlaban animadamente a la puerta de un jardincillo. ¡Había sido descubierto el asalto al banco!

Los forajidos empuñaron las pistolas.

Horace temblaba, con la cara oculta entre las manos, presintiendo un desastre total.

Fred, fríamente, conducía ahora sin prisas, como si sus pasajeros no tuvieran nada que temer.

Por fin llegaron a la casa de Hazzard. Detuvieron el coche y los cinco saltaron a tierra como galgos, en tanto que Gunn aconsejaba a Horace que observase si se acercaba alguien.

Pasaron al jardín, y en él quedó de centinela Devlin, cortando la retirada al abogado si intentaba escabullirse.

Pasaron a la cochera. No había nadie. Salieron de allí y llamaron a la puerta de la casa. Una mujer de unos cincuenta años salió a abrirles, con vestimenta que revelaba haber saltado de la cama al sentir las llamadas.

—¿Qué desean, señores?

Boyd tomó la palabra, adelantándose al iracundo Gunn:

—Deseamos ver al señor Hazzard; somos amigos suyos.

—Aquí no vive ningún señor que se llame así —replicó la mujer, sorprendida.

—¿Cómo que no? —estalló Gunn, arremetiendo contra la mujer y metiéndola de un empujón adentro.

Todos entraron en tropel en la casa.

—¡Registrad todas las habitaciones! —ordenó el ex-boxeador, furioso, empuñando la pistola—. No lo matéis hasta que no confiese dónde tiene el dinero.

Fred interrogó a la aterrorizada mujer, con más calma, después de entornar la puerta.

—Aquí vive un señor grueso, muy grueso y bajo. Sabemos que vive aquí. ¿Quién habita esta casa con usted?

—¿Un señor muy grueso y bajo? —repitió la mujer, a punto de echarse a llorar—. No puede ser otro que el señor Sitwell. No tengo más huéspedes que a él. En realidad, él no viene casi nunca por aquí. Le alquilé una habitación hace un mes, y sólo ha venido a utilizarla hará unos días. Es fotógrafo. Me dijo que le interesaba este

sitio por los bonitos paisajes de los alrededores. Yo le alquilé una habitación para dormir y la cochera, que iba a utilizarla como laboratorio para sus fotografías. Un señor muy simpático.

—¿Dónde está ahora? Esta misma mañana estaba aquí.

—Sí, señor. Esta mañana estaba aquí, pero ya se ha marchado. Vino muy temprano, y hace un rato que se marchó.

En aquel momento, Gunn regresaba de su búsqueda, bramando de ira:

—¿Qué dice esta vieja? Ése no está. Se ha fugado. ¡Maldito!...

—Deja, ya nos enteraremos. Esta buena mujer me está contando algo muy interesante —y luego, dirigiéndose de nuevo a ella, siguió interrogándola—: ¿Usted sabe adónde ha ido? Somos de la Policía Federal, y venimos a detenerlo. Es un criminal muy peligroso.

Fue lo suficiente para que la empavorecida mujer les contase cuanto sabía, con palabras atropelladas:

—Pues, sí; da la casualidad que yo sé dónde está. Bueno; lo que ha hecho. Estaba yo acostada, al amanecer, cuando oí que venía en un coche. Como él ya me había advertido por teléfono, el día anterior, no me levanté siquiera a ver quién podía ser. Luego me dormí otra vez., y me desperté al oír que alguien hablaba en el corredor de arriba. Es allí donde tengo el teléfono. Le oí preguntar a la estación a qué hora salía el tren para Filadelfia. Después le oí que bajaba la escalera. Y nada más sé de él.

Fred indicó a Gunn:

—Sube a hablar por teléfono con la estación y pregunta a qué hora ha salido el tren para Filadelfia.

—No tiene por qué molestarse, señor —intervino, obsequiosa, la mujer, deseando ayudar a los «agentes de la Ley»—. Estoy harta de saberlo. Todos los días pasa por aquí a las ocho en punto de la mañana. Ya se tuvo que marchar hace rato.

Fred llevó aparte a Gunn.

—Gunn; hay que arrancar el teléfono y atar a esta mujer para que no chismorree por ahí nuestra visita. No se le debe hacer daño.

—Yo me encargo de eso. Salid vosotros para el coche.

Todos salieron, renegando, de la casa, y montaron en el automóvil. A los diez minutos aparecía el ex-boxeador en el umbral de la puerta, cerrándola a sus espaldas. Se sentó en el «baquet», junto a Fred.

—¿Lo has hecho como te dije? —le preguntó el joven.

—Sí, hombre. No tenía por qué hacerle daño a esa mujer. Ella no tiene la culpa de que ese maldito... ¡Se nos ha escapado! ¡Cualquiera lo encuentra en una ciudad como Filadelfia, si es que realmente se detiene allí!

—El tren nos lleva poca ventaja. Vamos a intentar alcanzarlo antes de que llegue a Filadelfia. Lo adelantaremos por la carretera. El tren pierde tiempo en las estaciones. Si tenemos suerte, todavía podemos darle un susto a tu amigo Hazzard.

El coche se puso en marcha, y por las afueras volvieron a encontrar la carretera que conducía a Filadelfia, según rezaba un letrero en un poste.

La carrera que se inició era vertiginosa. Los pasajeros estaban realmente asustados.

Fred ganó algunos puntos en la consideración del exboxeador, que no sabía conducir, y no podía por menos que amedrentarle aquella celeridad impresionante.

El joven, con mano experta llevaba el volante, sin dejar de pisar el acelerador, adelantando a los vehículos que rodaban en la misma dirección.

Una hora más tarde el coche penetraba en Pottstown, ciudad importante, con mucho tránsito en sus calles. Whipple iba indicando el camino a seguir hasta llegar a la estación.

Se apearon Boyd y Gunn, a preguntar si el tren de Doreyville, en dirección a Filadelfia, había pasado ya.

Regresaron con claras muestras de satisfacción; aún no había llegado. Abandonaron el automóvil en una calleja, después de haberse repartido el dinero de los guardianes traidores, para poder separarse en parejas y sacar los billetes sin despertar sospechas. Temían que ya estuviese la policía alerta en todos los sitios.

Cinco minutos más tarde, anunciándose con un largo pitido, asomaba la locomotora esperada en la estación, arrastrando una hilera interminable de vagones. Tal como Whipple había dicho, allí se repuso de agua y carbón.

En el andén, entretenidos unos en la librería, otros en el bar y otros paseando, en parejas, los forajidos esperaban la salida.

Boyd y Gunn fueron los primeros en subir a un compartimento. Fred y Horace, este último sin gafas, subieron a otro vagón, y

Whipple y Devlin se situaron estratégicamente en el último coche, el coche-mirador, con su plataforma final, que permitía contemplar cómodamente el paisaje.

Arrancó el tren, adquiriendo cada vez mayor velocidad. Comenzó la febril búsqueda del abogado.

Gunn, seguido a cierta distancia por Boyd, ambos con las manos en los bolsillos empezaron a recorrer los pasillos, echando un vistazo a los compartimentos. El corazón les decía que por allí estaría Hazzard, aun cuando al principio no lo encontrasen.

Iban hacia la cola, cuando, en dirección contraria a ellos, vieron que se acercaba Devlin con un gesto de satisfacción. Bastó una seña suya para que Gunn y Boyd supieran que la pieza había sido encontrada.

Siguieron a Devlin. Entraron en el salón de fumadores.

De una ojeada descubrieron a Hazzard, sentado en un sillón, fingiendo leer el periódico; sin embargo, no hacía más que mirar furtivamente a Whipple, sentado frente a él en otro butacón, con la mano hundida en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Hazzard estaba rojo como la púrpura, y gruesas gotas de sudor le humedecían la frente. Era el hombre acorralado, el hombre que no podía esperar clemencia, por conocer las costumbres de los delincuentes y sus venganzas inexorables.

Los gruesos labios de Gunn se torcieron en una mueca feroz.

Había allí otros viajeros. Tal vez alguno de ellos fuese agente de la Ley, y por eso no convenía actuar desde el primer momento.

Pesadamente, el ex-boxeador se dejó caer en el mullido sillón contiguo al del abogado. Boyd se situó junto a Whipple, y Devlin quedó en la puerta primera, como entretenido en contemplar el bello paisaje a través de la ventanilla.

Hazzard miraba atemorizado a Gunn. Él, el astuto abogado, al enfrentarse con la violencia, sentía un miedo cervical. Acostumbrado a triunfar siempre mediante la astucia, la fuerza le asustaba. Por su loca ambición, creyéndose muy inteligente, estaba al borde de la muerte. Lo leía en los ojos sangrientos del ex-boxeador, del que antes fue su amigo.

Intentó salvarse de la forma que fuese, menos con violencia. No ganaría nada con empezar a gritar y acusarles como fugitivos de la prisión.

Apartando el periódico de su cara, dijo a Gunn, en voz baja:

—¿Qué quieres?

Por una vez en su vida, Gunn fue humorista, a su modo:

—¡Qué casualidad, querido amigo, encontrarnos aquí! Luego dicen que el mundo es un pañuelo, y es verdad. ¿Quién podría pensar que íbamos a encontrarnos de nuevo? ¡Es que la vida es un tango, amigo mío! Y hay que bailarla, aunque sea en la cuerda floja.

—¿Qué venís buscando, Gunn? —preguntó Hazzard, entrando de lleno en la cuestión, sin poder soportar las ironías ni aquella espera angustiosa.

—¿Buscando? ¡Nada! Vamos de viaje de turismo. No conocemos Filadelfia, y pensé llevar a los chicos unos días. Me dijeron que en Filadelfia hay un parque zoológico que es una divinidad. También creo que existe un parque de atracciones que merece la pena. A los chicos míos les gusta mucho el tiro al blanco. También a mí, y no lo hago mal. Casi siempre me llevo premio. Es muy raro que desperdicie un tiro. Lo que me gusta mucho es el tiro de pichón. Esos pichones tan gorditos, tan relucientes, con un gran buche y una hermosa papada. Intentan volar, creen que ya se escapan, y entonces, ¡boom!, el perdigón se le mete en el buche y le llega al corazón.

El abogado sudaba aún más copiosamente. Se restregaba las manos. Apenas si se atrevía a respirar. Sonó su voz tan fina como un hilo:

—¿Por qué no charlamos un poco como buenos amigos, Gunn? Todo puede solucionarse.

—¿Llevas el paquetito de los dulces? —interrogó Gunn, burlonamente, complaciéndose de torturar a la víctima.

—Sí, sí. Os lo daré ahora mismo. Lo tengo en mi compartimento.

—¡Vamos allá! Y después charlaremos, recordando nuestros tiempos. ¡Ay, qué vida aquélla! Ahora no se ven más que calamidades, y cada día más impuestos.

Hazzard se puso en pie. Estuvo a punto de desmayarse, y tuvo que sujetarse al brazo del sillón. Echó a andar.

A su lado, Gunn, cogiéndolo «cariñosamente» por el hombro. Detrás, los otros tres forajidos, pues aún no habían aparecido Fred y Horace, que seguramente estarían en la primera parte del tren.

Recorrieron varios vagones, hasta llegar a uno, donde el

abogado dijo:

—¡Aquí es! Yo os sacaré el maletín...

—No te molestes, querido amigo. Lo haré yo mismo. Dime cuál es.

Hazzard señaló una pequeña maleta de cuero. Gunn se apoderó de ella.

Desconfiado, indicó a su antiguo compinche:

—Vamos atrás, al vagón-mirador. Allí corre el aire, y se respira a gusto. No sé qué tengo, pero el caso es que desde pequeño me marea viajar. Anda, hombre, acompáñame.

Si sus palabras parecían amistosas y cordiales, en sus ojos se leía una amenaza latente.

Gunn no se fiaba del abogado, y quería comprobar si realmente el maletín contenía el dinero robado en el banco.

Hazzard obedeció sus órdenes.

Regresaron hacia la cola, y salieron al mirador del último coche.

Había allí una mujer con un niño, sentados en una butaca y contemplando el paisaje que iba quedando atrás.

El tren marchaba a gran velocidad, produciendo vértigo la huida de los, raíles.

Boyd se colocó en la puerta, taponándola. Whipple y Devlin escoltaron a Hazzard, que no dejaba de pasarse un pañuelo por las mejillas y la frente, empapadas de sudor.

Gunn, dando la espalda a la mujer y al niño, abrió el maletín, después de obtener del abogado la llave correspondiente.

Boyd se inclinó a comprobar el contenido. Sí, allí, bajo un periódico, aparecieron los fajos de flamantes billetes.

Gunn metió la mano, sacó unos cuantos de poco valor, precaviéndose de los gastos que tendrían que hacer en cuanto se apeasen.

Volvió a cerrar el maletín, hasta con mimo. ¡Otra vez el botín en su poder!

Durante un cuarto de hora aguantaron en el mirador, sin hablar, centrándose las miradas de los cuatro en el abogado.

La mujer que tenía el niño en sus piernas debió notar que su presencia era enojosa a aquellos «caballeros», y optó por retirarse.

Boyd le abrió la puerta, haciéndole una leve reverencia de cortesía. Ella tuvo que admirar forzosamente la apostura del joven.

En cuanto se quedaron a solas, y la puerta volvió a estar taponada por el corpachón de Boyd, Gunn se acercó a Hazzard, que retrocedió, dando la espalda a la barandilla del hierro.

Haciendo presa en la mandíbula de Hazzard con su mano, que más parecía una zarpa de oso, le echó atrás la cabeza, empujándole hasta que el abogado sintió que la barandilla del mirador se le clavaba en los riñones.

—No, no, Gunn; perdóname. Yo te aseguro. Os daré todos mis ahorros...

—No lo mates, Gunn —le recomendó Boyd, repugnándole aquella muerte canallesca.

Gunn soltó un momento al abogado, que respiró ansiosamente, pero sin moverse del sitio.

El ex-boxeador dijo a Boyd:

—Tú no conoces a este mal bicho. ¿Sabes lo que haría si lo dejásemos con vida? Conoce tantas triquiñuelas de las Leyes, y es tan zorro viejo, que se las arreglaría de alguna forma para delatarnos. No lo meterían siquiera en la cárcel. Tú no dejes pasar a nadie por esa puerta.

Y antes de terminar de hablar, sin que ninguno de los presentes pudiera evitarlo, levantó en vilo al abogado con sus poderosos brazos. El mantecoso Hazzard parecía una bola de sebo en sus manos.

Y seguidamente, con un impulso de atleta, Gunn arrojó al aire al abogado.

Un alarido de horror se confundió con el estrépito del tren, y se vio estrellarse el cuerpo de Hazzard en la vía.

Allí quedó una mancha inmóvil, cada vez más diminuta.

CAPÍTULO IV

Los seis forajidos se apearon en las cercanías de Phoenixville.

Boyd, valiéndose de la falsa documentación conseguida por el asesinado Hazzard, compró un automóvil usado, a bajo precio, pero con buen motor. Lo pagó con los billetes pequeños sacados del maletín.

En el coche decidieron el camino a tomar. Fred tuvo que disputar con Gunn respecto a proporcionar a Horace la ocasión de buscar al culpable de su desgracia.

Gunn se oponía resueltamente, alegando que el tiempo debían aprovecharlo, y esgrimía como argumento irrefutable un diario comprado en Phoenixville, en el que aparecía lo siguiente, con grandes titulares:

«Cuatro reclusos de la prisión de Bowmanton han logrado fugarse esta noche pasada con la ayuda de dos vigilantes. La policía les sigue la pista».

Y a continuación daba las señas de cada uno de los fugitivos, y figuraban sus fotografías, obtenidas, respectivamente, del registro de la cárcel, y de los empleados en ella. Del asalto al banco de Doreyville no decía nada.

Fred destruyó el argumento, razonando que igual daba tomar una dirección que otra, con tal de despistar a la policía.

Como solía ocurrir, la oportuna intervención de Boyd inclinó la balanza de parte de Fred.

Emprendieron la ruta hacia Harrisburg, tomando la carretera que pasaba por Lancaster.

Estaba anocheciendo cuando llegaron a las proximidades de Harrisburg, después de haberse surtido de gasolina en los depósitos solitarios, empleando el truco de aparecer solamente dos como pasajeros, mientras el resto aguardaba escondido.

En los arrabales de la ciudad, Fred detuvo el coche, con las luces apagadas, y preguntó a Horace, que temblaba de emoción sólo de pensar que estaba en su pueblo, a muy corta distancia de la casa de sus padres.

—¿Por dónde entramos, Horace? Mi parecer es que debemos buscar a algunos de los amigos que te acompañaban aquella noche, o ir directamente a la casa donde estaban las mujeres de que nos hablaste.

—¡Vamos a la casa donde ocurrió aquello! Era la de una de ellas. Yo te iré diciendo el camino, Fred.

Penetraron en la ciudad, huyendo de las calles transitadas e iluminadas intensamente. Luego de recorrer varias, Horace dijo:

—Ésta es. La primera casa de la izquierda, en aquella esquina.

—¿Sabes si vivía ella sola?

—Me parece recordar que sí. Alguien habló de ir allá, justamente porque no vivía nadie más.

—Entonces, vamos todos. Haremos como si se tratase de un «golpe».

Gunn, que al principio se había mostrado reacio a la perspectiva de meterse en un nuevo lío, fue el primero en apoyar a Fred.

Detuvieron el automóvil a unas yardas de la puerta señalada. Al volante quedó Boyd. El resto se apeó.

Whipple quedaría en la acera, cubriendo la retirada, por si surgía algo imprevisto.

Los demás, con Horace en medio, a fin de que no lo reconociese algún vecino, pasaron a la casa y subieron las escaleras hasta el piso segundo.

Indicando la puerta de la derecha, el muchacho dijo, con voz temblorosa:

—Ésta es; me acuerdo perfectamente.

Fred pulsó el timbre. Se oyeron unos pasos repiqueteados en el interior, de zapatos de mujer. La puerta se abrió, apareciendo bajo el dintel una joven de rostro muy pintado, con un delantal no muy limpio atado a la cintura.

Al principio quedóse desconcertada al ver al grupo de hombres y sin reconocer a Horace, que había quedado atrás.

Su desconcierto se trocó en sorpresa al ser empujada rudamente por Gunn, que penetró en el piso a su estilo, arrollando cuanto se le oponía. Con el pecho hacía retroceder a la mujer.

—¡Oiga! ¿Qué es esto? —preguntó la muchacha, con evidente temor.

—Encárgate de ella —indicó Gunn a Fred—. Vosotros cerrad la puerta. Yo voy a echar un vistazo, por si hubiese alguien más.

No había nadie más en el piso.

Fred mantenía su mano pegada a la boca de la joven, para que no gritase pidiendo socorro. Sus pataleos resultaron inútiles.

Gunn, con la pistola desenfundada, y colocando el orificio del cañón ante los ojos de ella, hizo un gesto a Fred para que la dejase responder a sus preguntas.

—¿Conoces a este muchacho?

Ella siguió la mirada del ex boxeador. Su gesto denotó la sorpresa de ver allí a Horace.

—Sí, sí, lo conozco —admitió ella, con pánico, mirando a uno y a otro hombre, pero volviendo siempre al orificio de la pistola.

Fred intervino entonces:

—A este muchacho lo emborrachasteis aquí. Vino un hombre, que entró en el piso con una llave que llevaba, señal de ser de confianza. Hubo una pelea, seguramente porque él se enfadó al ver que estabas en brazos de otro; mató a uno y luego le cargasteis la culpa a éste.

Suposiciones, no muy erradas, puesto que eran deducciones de lo narrado por Horace.

La joven creyó que aquellos hombres lo sabían todo, y lo admitió, impulsándola bastante el cañón del arma, que no se apartaba.

—Sí... Yo... yo no quería. Pero Henry se enteró, para salvarse él, y yo..., yo tuve que callarme..., mis amigas... Henry es capaz de cualquier cosa...

—¡Ah, ese Henry es capaz de cualquier cosa! —comentó Gunn, volviendo a usar su peculiar ironía en semejantes casos—. ¡Muy bien! Veremos de lo que es capaz el niño guapo. Porque me figuro que será muy guapo para que una monada como tú lo tenga como

amigo. ¿Dónde podríamos encontrarlo, vida?

Y barbilleó tranquilamente a la asustada muchacha. Hacía mucho tiempo que no veía a ninguna mujer, y él era un adorador del sexo femenino.

—En..., en..., pues no sé... —tartamudeó ella.

Gunn cerró su mano izquierda en el cuello de la joven, apretándolo, y volvió a preguntar, muy sonriente:

—¿Dónde, cariñito? Haz memoria, porque si no esta noche vas a dormir en el otro barrio. Recuerda, nenita.

Entonces ella demostró poseer una excelente memoria.

—Sí; ahora me acuerdo que..., que ahora estará... en el..., en el bar que hay al final de esta calle.

—Quítate el mandil, que te estropea esa linda figura, y acompáñanos —ordenó Gunn.

Momentos más tarde hacían subir a la joven en el automóvil. Les indicó el bar al que Henry solía ir a entretenerse jugando al billar, según manifestó ella.

—¿Cuál es su apellido?

—Mortimer.

—Pues vamos a verle la cara a ese guapo de Mortimer. Seguro que se echa brillantina en el pelo.

Gunn y Fred entraron en el local. Devlin permaneció en la acera, vigilando; Boyd, puesto al volante, y Horace y Whipple guardando a la muchacha, con el fin de que no gritase.

El local era un bar de baja categoría, compuesto de dos salones. En el primero estaba la barra y unas mesas diseminadas; jugaban a las cartas algunos individuos de mala facha. Fred se acercó al del mostrador, y le dijo:

—Somos amigos de Henry Mortimer. Nos dijeron que estaría aquí.

El mozo les señaló con un movimiento de cabeza el otro salón, mientras seguía mecánicamente lavando unos vasos.

Gunn delante y Fred detrás, muy tranquilos, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, entraron en el segundo salón.

Allí había tres mesas de billar, de paños deslucidos y remendados, y varios individuos con los tacos en la mano.

Fred volvió a interrogar a un camarero por el tal Henry

Mortimer. Le fue indicado uno de los jugadores de la primera mesa.

Las suposiciones de Gunn resultaron ciertas. Henry Mortimer era un tipo de unos treinta y cinco años, con el rostro picado, de haber tenido la viruela, muy delgado y muy entallada la cintura, con una corbata de colores y dibujos escandalosos, y de pelo más brillante que el plumaje de un cuervo.

Gunn, empuñando la pistola en el bolsillo derecho de la chaqueta, se acercó a él, sujetándolo por el hombro con la mano izquierda y preguntándole a quemarropa y echándole el aliento en las narices:

—Tú eres Mortimer, ¿no?

El aludido, asombrado, se desasíó de la zarpa de Gunn con un rápido movimiento de rebelión, pero contestó, extrañado:

—Sí, yo soy. ¿Qué pasa?

—Como pasar, ¡nada! Puede pasar. El caso es que venimos en tu busca para un asunto que te interesa mucho. Hay una chica, la que vive en esta misma calle, que nos ha dado tu nombre, porque ella te necesita. Tú sabrás a quien me refiero. Como el asunto no admite demoras, conviene que dejes ahora mismo el taco y nos acompañes. Ella te espera en la puerta.

Mortimer miró pensativamente a los dos desconocidos. Observó sus posturas desafiantes, y tuvo que imaginar algún peligro, pues dio un paso atrás, como buscando la retirada.

—No seas tonto y no hagas una idiotez. Somos de la Comisaría, y esa muchacha pregunta por ti. Será cuestión de unos momentos, y nada más —aseguró Fred.

Mortimer debió resignarse, señal de que era culpable de muchos delitos, y no se le ocurrió pedir que le enseñasen la placa.

Echó a andar delante de ellos, hacia la salida. Gunn y Fred lo seguían, sin perder de vista ni uno solo de sus movimientos.

Ya en la puerta de la calle, a dos pasos del automóvil. Mortimer se volvió a preguntar:

—¿Dónde está ella?

—Ahí dentro —le indicó Gunn, a la vez que le hundía el cañón de su pistola en la espalda a través del bolsillo.

Un rodillazo disimulado, y Mortimer fue a caer dentro del automóvil, cuya puerta ya tenía abierta Devlin.

—¿Qué pasa, Sarah? —preguntó Mortimer, al ver allí a su

amiga.

Ella no tuvo tiempo de responder. Gunn se sentó al lado del tipo, y repuso:

—Vamos a casa de esta señorita. Tenemos que hablar tranquilamente. Siéntate ahí enfrente —indicando un balancín libre—, y cuidado con las manos. Estoy apuntándote, y a tipos como tú me gusta hacerles la raya con una bala. ¡Arreando a la casa de ésta! —terminó diciendo, en alta voz, para que Boyd le oyese.

Acomodados como mejor pudieron, los forajidos regresaron al domicilio de Sarah.

Ya en el interior, la joven, Mortimer, Horace, Gunn, Fred y Whipple y con la luz eléctrica encendida, Mortimer se quedó asustado, reconociendo a Horace, el muchacho que por él había sido condenado.

—¿Qué es esto?

El puño izquierdo de Gunn se levantó, golpeando con la fuerza de un ariete la mandíbula de Mortimer. Cayó de espaldas al suelo, medio inconsciente.

Mortimer se levantó, mascullando amenazas entre dientes.

—Menos rezos y más al grano —le advirtió Gunn, mostrándole su puño.

Fred pronunció seriamente, con el convencimiento de que no habría evasivas ni objeciones:

—Este joven que nos acompaña fue condenado por tu culpa. Él no mató a nadie. Tú eres el asesino. Ahora mismo vas a escribir la confesión que yo te dicte, de acuerdo con lo que pasó, y que tú me aclararás.

—Yo no haré eso —negó Mortimer.

—No, ¿verdad? Pero ¡qué monada de criatura! —comentó, burlón, Gunn, guardándose con toda tranquilidad la pistola.

Y, súbitamente, comenzó a descargar una serie de golpes a Mortimer. Arrinconándolo, le machacaba la cara, y le hizo sangrar.

Mortimer no tenía brazos para protegerse del aluvión de puñetazos que le caía encima. Si intentaba gritar, el golpe le caía en la boca; si trataba de defenderse a puntapiés, Gunn le sacudía dolorosos rodillazos en el bajo vientre, y si buscaba la salvación en la huida, los brazos del ex-boxeador parecían ser de dos yardas de longitud, alcanzándolo siempre.

La acción demoledora de la paliza no tardó en surtir efecto. Mortimer, arrodillado en el suelo, sangrando por todas partes, molidos totalmente sus huesos, imploró:

—¡Déjeme! ¡Déjeme! Yo haré lo que quieran.

—¡Eso es ponerse en razón! —comentó Gunn, quedándose quieto de piernas y brazos.

Entonces, Fred sentó a una mesa a Mortimer y exigió que Sarah llevase papel, pluma y tinta.

Mortimer explicó lo sucedido aquella noche, y Fred le dictó una confesión concisa, pero en la que no faltaba ningún detalle, y se daban los nombres de las mujeres, amigas de Sarah, que habían presenciado el asesinato.

Mortimer firmó al pie del escrito, después de manifestar que «la confesión estaba hecha voluntariamente, por arrepentimiento». Sarah firmó también, atestiguando la verdad de lo ocurrido.

—¡Listo! —anunció Fred a Gunn.

El ex-boxeador preguntó, demostrando su falta de inteligencia:

—Bueno: pero ¿qué hacemos ahora?

—Ahora verás —y dirigiéndose Fred a Horace—: Allí tienes un teléfono. Marca el número de tu casa y déjame a mí.

El chico obedeció. Le costó mucho marcar las cifras, porque estaba a punto de desmayarse. Él lo veía ya todo resuelto.

Cogiendo el aparato, Fred preguntó:

—Aquí la Comisaría del distrito. ¿Está el señor Anderson?

—No, señor, aún continúa en el establecimiento —repuso una voz dulce, de mujer—. Yo soy su esposa.

—Bien, señora. Dentro de unos quince minutos, ustedes dos deberán venir a la Comisaría de su distrito. Tenemos buenas noticias respecto a su hijo Horace. No vengan antes de un cuarto de hora, porque lo echarían todo a perder. Señora, hasta dentro de quince minutos.

Fred colgó el aparato telefónico, y volviéndose a Gunn, le comunicó:

—Necesitamos unas cuerdas.

—Eh, tú, preciosidad: búscanos unas cuerdas. Te acompañaré yo, para que no nos gastes una trastada.

Con las cuerdas conseguidas, Fred dijo a Sarah:

—Déjate atar las manos, que así no te pasará nada. Es una

medida de precaución.

La joven quedó ligada de brazos, piernas, amordazada y atada a la pata de una cama, con el fin de que no pudiera huir ni tampoco pedir ayuda por teléfono.

—Ahora vamos con éste al coche.

Entre los cuatro hombres, Mortimer descendió las escaleras y subió al automóvil.

Seguidamente fue amordazado, y atadas sus muñecas, a la espalda. No forcejeó siquiera.

La paliza tan fenomenal que Gunn le había dado, le quitaba las ganas de resistirse.

—Ve diciendo por dónde tenemos que ir a la Comisaría de tu distrito, Horace. El camino más corto y más despejado.

Durante el trayecto, Fred aconsejó al muchacho a su oído:

—Tú entrarás con él en la Comisaría. Procura que no se te escape. Entra diciendo quién eres y a lo que vas. No niegues nada. En cuanto a lo del robo del banco, tú presenta como descargo al del bar de la estación en Doreyville. Él demostrará que tú estabas allí a la hora del asalto. De lo ocurrido a Hazzard, no digas ni una palabra. Entércate en decir que Hazzard nos engañó y se llevó todo el dinero.

—No sé cómo agradecerte cuanto has hecho por mí, Fred.

—Sé siempre una buena persona y olvídanos. Quiere mucho a tu madre. Hoy va a tener el día más feliz de su vida.

Llegaron a la puerta de la Comisaría.

Al ver el rótulo, Gunn se opuso a comer aquella locura, pues había un guardia en la puerta, de centinela.

—Nada; él no puede sospechar nada. Se atontará, seguramente —comentó, jocosamente, Boyd, puesto al volante y no parando el motor.

Se despidieron de Horace. Hasta el propio Gunn le golpeó ruidosamente la espalda, animándolo a discutir con unos policías. Y a continuación abrió la portezuela de su lado, y del empujón que dio a Mortimer, éste entró en el portal de la Comisaría como impulsado por una catapulta. Horace se apeó, con lágrimas en los ojos; no sabía qué decir.

Boyd pisó a fondo el acelerador, despegando de la acera, y llevó el coche a lo largo de la calle, dirigiéndose a la carretera.

La persecución no se haría esperar.

CAPÍTULO V

Tres días más tarde, los cinco forajidos entraban en la ciudad de Nueva York.

Desde su salida de la ciudad de Harrisburg, después de haber dejado a Horace en la Comisaría —salida sin complicaciones—, habían recorrido muchas millas en el automóvil, abandonándolo cuando leyeron en un periódico un artículo, que llevaba el siguiente titular:

«Los fugitivos de la prisión de Bowmanton son perseguidos por los agentes especiales del Federal Bureau of Investigation. Los evadidos asaltaron un banco en Doreyville, asegurado en una dependencia de la nación».

Abandonaron el coche, porque temían el copo en alguna carretera. Desde que supieron que el

F. B. I.

iniciaba su persecución, al exigírselo el robo hecho en un banco asegurado en una dependencia de la nación, los forajidos conocieron el pánico.

No ignoraban que los agentes especiales tenían fama de no dejar la pista hasta alcanzar a los criminales. Sus conocimientos técnicos de la investigación, su entrenamiento y experiencia, y la ayuda que todo el pueblo americano les prestaba, no eran para despreciar.

La fatal noticia los aterrorizó en el primer momento; después pasaron a discutir las posibilidades de fuga.

En primer lugar necesitaban dinero. Llevaban consigo una gran suma, pero en billetes cuyos números ya estarían en poder de todos los dueños de establecimientos.

Encaminarse a la frontera con Méjico sería recorrer todo el país, de arriba abajo, exponiéndose a ser cazados o a caer en la misma frontera, que estaría vigilada atentamente.

Igualmente los aeródromos y los puertos estarían vigilados.

Gunn dio la solución, explicada a su estilo:

—El mejor sitio del mundo: Nueva York. No deis más vueltas, muchachos. Nueva York es un mundo en pequeño; allí nadie conoce a nadie. En Nueva York tengo muy buenos amigos, que nos podrán esconder durante el tiempo que haga falta, y también conozco a uno de confianza que se dedica a comprar los billetes robados, ganándose él una comisión. Nosotros llevamos una verdadera fortuna. Hagámosla dinero sano, aunque merme algo. Y a encerrarnos en una madriguera hasta que pase la tormenta.

Tomando los trenes al arrancar, viajando muchas veces en vagones de mercancías, apeándose en marcha y consiguiendo alimentos de los vendedores ambulantes en las estaciones, consiguieron entrar en Nueva York.

Gunn los condujo al barrio de Harlem, donde decía tener unos amigos.

Era una calleja miserable y una casa aún más misérrima... y unos amigos todavía más miserables. Gente del hampa.

El que capitaneaba a aquella gente, un tipo alto y corpulento, casi de la estatura de Gunn, llamado Jucker, les destinó dos habitaciones, como alcobas, cuyos lechos consistían en unos catres medio desarmados.

—Aquí estaréis bien, muchachos, y muy tranquilos. El amigo Gunn puede confiar en mí. Si me dais dinero, yo os traeré de comer. No puedo regalaros nada, porque los tiempos están muy malos: la «Bofia» anda más lista que el hambre.

Al día siguiente, más descansados, y afeitados, a la luz del sol mañanero, las caras de todos parecían rejuvenecidas.

Bromearon, disputaron y discutieron sobre los mejores sitios a recorrer en Nueva York, llevando la cartera bien repleta.

La entrada de Jucker en las habitaciones destinadas a los fugitivos, planteó la cuestión de la comida. Jucker exigía dinero.

—Ya no nos queda nada —manifestó Gunn.

—Entonces, lo siento de verdad, muchachos. Alojamiento os puedo dar; alimentos, no. No tengo con qué comprarlos. ¿No tenéis nada de valor? Algunos lleváis reloj de pulsera. Algo se conseguiría por ellos. Y en la cartera ésa, ¿qué...?

—En la cartera no hay nada que merezca la pena. Se trata de papeles que sacamos de la prisión, referente al historial de varios compañeros —mintió Gunn descaradamente, y simulando no dar importancia a la pregunta.

Jucker se encogió de hombros, escupió en un rincón y salió de la estancia.

Los cinco fugitivos se miraron. No necesitaban hablar para comunicarse mutuamente que Jucker sospechaba el contenido de la cartera —seguramente había leído ya lo del asalto al banco de Doreyville— y pretendía matarlos de hambre.

Aquel mediodía no comieron. Permanecieron echados hasta el anochecer.

Gunn, en cuanto se hizo la oscuridad, se acercó a la ventana y volvió a contemplar el cielo iluminado. Le fascinaba aquel resplandor. No pudo resistirlo más, junto con el hambre que sentía, y giró sobre sus talones, diciendo a sus compañeros:

—¡No podemos seguir así! ¡Hay que buscar una solución! Pase lo que pase, voy a buscar al individuo que compra billetes robados. Trataré con él y, tal vez, por lo pronto, conseguiré un anticipo, o una limosna, lo que sea.

Como viese que los otros reflejaban en sus ojos una expresión de desconfianza, él los tranquilizó:

—Me dejaré aquí la cartera. Sé que no os atreveréis a engañarme. Boyd vendrá conmigo, y vosotros tres, no os fiéis para nada de Jucker. Tened las pistolas preparadas. Jucker se ha oído algo y no parará hasta dejarnos sin camisa.

Boyd siguió al ex-boxeador. Iban a correr una aventura. Únicamente la noche y la inmensidad de Nueva York podrían ampararlos.

Quedaron a solas Fred, Devlin y Whipple. Cerraron la puerta, atracándola con una silla coja, ya que no existía cerradura. La cartera estaba debajo del colchón del catre de Gunn.

Aguardaron el regreso de sus camaradas. Volvieron dos horas

más tarde.

—¡No está mal la cosa! —comentó Gunn, sacando de una bolsa de papel unos bocadillos, que repartió entre todos.

—¿Qué? —preguntó Devlin, nervioso.

—Hablé con mi amigo. Se asustó cuando le dije que podríamos disponer de unos ochenta mil dólares. Contestó que no tenía esa cantidad, aun descontando un treinta por ciento, y que tendría que buscar dinero de otros tipos como él; formar algo así como una sociedad para digerir ese dinero. Boyd estaba delante. Os podrá decir que el asunto se presenta bien. Mañana por la noche tendremos que volver para hacer el cambio. Me dio unos dólares a cuenta.

Boyd, que se había quedado silencioso, recostado en la entrada indolentemente, manifestó:

—Ha sido tal como lo cuenta Gunn. Fuimos bien recibidos, pero... no me gusta nada la cara del tipo ese. Está más delgado que una espátula; sin embargo, no sé por qué me recuerda al gordo de Hazzard.

—¡Bah, figuraciones tuyas, Boyd! —exclamó Gunn—. Además, no creas que yo me duermo. Aunque confío en mi amigo, iremos prevenidos. ¡Sé que al dinero le pasa lo que a la miel!

Repentinamente, Boyd giró sobre sus talones, empuñando la pistola.

En el pasillo, en pie, permanecía el corpulento Jucker, escuchando. Había sido sorprendido en su acecho, y no tuvo tiempo de huir ni de empuñar un arma.

—¡Ha oído todo, Gunn! —indicó Boyd.

Una vez más, Gunn demostró quién era. Como una bestia herida salió al pasillo, y sin importarle interponerse en la línea de tiro de Boyd, se echó encima de Jucker, y, agarrándolo del cuello, lo metió a tirones dentro de la habitación.

Su amigo pretendía zafarse de las manos que lo estrangulaban. Resultaron baldíos sus intentos. Devlin y el otro ex-vigilante lo cogieron de las piernas, y al rato Jucker era un cuerpo tirado en el suelo, sin sentido.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Devlin, asustado, pensando en lo que podría sobrevenir si el resto de los moradores de la casa se enteraba de lo sucedido a Jucker.

—¡Vámonos de aquí, antes de que sea tarde! —propuso Fred.

—Y ¿adónde vamos? En ningún sitio querrán tenernos. Me han sobrado siete dólares, después de comprar los bocadillos —manifestó Gunn.

—Yo sé quién podrá prestarnos algún dinero. Mi novia vive aquí.

—¡Ah, sí! No está mal pensado. Bueno; pues vámonos. Nada de prisas. Antes hay que atar a este memo y meterlo debajo de un catre, a ver si las chinches le levantan ampollas más grandes que huevos, como en mí esta noche pasada.

Efectuaron la operación de amarrar y amordazar a Jucker, y salieron al pasillo, solitario y pobremente encendido.

Gunn iba en medio, con la cartera en la mano izquierda, y la derecha dentro del bolsillo.

Sin hablar, con pisadas que sonaban extrañamente, descendieron por la escalera al piso bajo.

Tres individuos malcarados, jugando a los dados en el suelo, les saludaron amistosamente. Gunn correspondió con un gruñido.

En la calle apresuraron el paso, divididos en dos grupos; para no llamar tanto la atención.

El miedo les hacía creer que en todos los sitios oscuros acechaba un policía armado de una ametralladora.

—¿Dónde vive tu novia, Fred? —preguntó Boyd.

—Si no me falla la memoria, en los remites de las cartas ponía: «Doscientos setenta y cuatro. Liberty Avenue, Brooklyn».

Tardaron bastante en llegar a la dirección indicada por Fred, sin contratiempo alguno.

En el zaguán, por las tablillas de los inquilinos, averiguaron que el apartamento de Honey Milland estaba en el piso cuarto.

Subieron los peldaños de dos en dos. Notaron la diferencia con la casa de Harlem. En ésta no se respiraban malos olores, había buena iluminación, brillaban de limpios los escalones, y se cruzaron con un vecino que tenía aire de buena persona.

En la puerta, en que figuraba un rótulo con el nombre de Honey Milland, se detuvieron, y Fred pulsó un timbre.

Salió a abrir una joven rubia, de líneas esbeltas, calzada con zapatillas. Exclamó de sorpresa al ver a Fred y se echó en sus brazos.

Entre tanto, Gunn miraba a los otros, con gesto de cómica resignación; comprendía que era necesario permitir aquellas naturales expansiones a los enamorados.

La joven, aún no repuesta del asombro ni del abrazo, preguntó, entrecortadamente:

—¿Cómo es posible que...?

—Déjanos pasar, Honey, y ya te explicaré. No nos conviene estar tanto tiempo en la escalera. Ahora te presentaré a estos amigos.

Una vez dentro del apartamento, de tres habitaciones, limpias y de alegre colorido, Fred narró en pocas palabras lo sucedido, su odisea desde la fuga de la prisión.

Ella no estaba enterada; no había visto los periódicos, y apenas si oía su aparato de radio.

Preguntó:

—¿Qué quieres de mí en estas circunstancias, Fred?

—Albergue por una noche. Tampoco tenemos dinero; pero, si louviésemos, sería peligroso meternos en un hotel. El

F. B. I.

y la policía están detrás de nosotros, nos buscan por todas las partes.

—Bueno, bueno. Pues acomódense, y ya veremos cómo nos arreglamos. Tendrán que dormir en las sillas o en el suelo.

—No se preocupe, señorita —manifestó Gunn—. Estamos acostumbrados a dormir en la punta de un sable. Aquí hace buena temperatura. Si tuviese usted algo de comer, pasaríamos una noche completa.

Conociendo la afición tan desmedida de Gunn por el bello sexo, Fred acompañó a su novia a la cocina, a preparar algo de cenar.

Apenas estuvieron a solas, ella se volvió a él y le preguntó, airada:

—¿Crees que está bien venir aquí con toda esa pandilla de asesinos? ¿Es que no te importa mi reputación? Mañana mismo, en cuanto amanezca, os marcharéis; no quiero que nadie de la vecindad sospeche... Además, como la policía de Pennsylvania sabe que tú eras mi novio, vendrán aquí a registrar el piso. No te perdono lo que has hecho conmigo.

Fred, asombrado, escuchaba a su novia. No podía creerlo. Esperaba otra clase de recibimiento.

Él, que durante meses y meses había soñado con su novia, recordando su dulzura y sus palabras de amor, no daba crédito a sus oídos. Recordó la advertencia de Boyd.

Colérico, descorazonado, dio la espalda a Honey, regresando al cuarto donde estaban los otros.

—¡Vámonos de aquí, muchachos! Nuestra presencia en esta casa es molesta.

Estaba él ya con la mano en el pomo de la puerta, cuando Gunn le contuvo con su vozarrón:

—¡Alto ahí, Fred! ¿Qué pasa? ¿Te preocupa a ti que una mujer no se encuentre a gusto con nosotros? De aquí no salimos, por lo menos en esta noche.

—Pues yo sí me voy —insistió Fred.

—No seas estúpido y quédate, Fred —le aconsejó Boyd, amablemente—. Es lógico que ella sienta miedo. Ya se le pasará. El caso es que no podremos ir a ningún sitio, y si nos ven dar vueltas por ahí, a altas horas de la noche, nos pedirán la documentación, y se va a liar una de mil diablos...

—Es que ella...

—No importa ella; ahora importamos nosotros, Fred —arguyo Boyd—. Tampoco ella saldrá perjudicada. Mañana nos iremos sin meter escándalo, y aquí no ha pasado nada, excepto que tú has aprendido algo más de la vida.

Con profundo dolor, Fred reconoció la verdad de la afirmación de su amigo. Ya no era él, Frederick Foster; ahora sólo era el miembro de un grupo criminal.

Volvió a cerrar la puerta, y regresó a la estancia. Gunn indicó a Devlin:

—Pon en marcha ese cacharro, si es que lo entiendes. No nos vendrá mal algo de música. Mucho cuidado con estropearlo, ¿eh?

Honey salió de la cocina cargada con una bandeja llena de alimentos, fiambres en su mayor parte.

Gunn devoraba y no perdía de vista a la joven. Boyd comía en silencio. Fred sólo hacía beber, sin atreverse a mirar a su novia.

Devlin y Whipple imitaban a Gunn, formando entre los tres un coro ruidoso al masticar.

Terminaron de cenar, y en la mesa aparecieron dos botellas y unas copas.

Honey, sentada en un rincón, observaba a los fugitivos, con el entrecejo fruncido.

—No está mal la velada —comentó Gunn, sirviéndose una copa de licor, después de encender un cigarrillo y recostarse en el respaldo de la silla—. Con esta música de baile yo me dormiría tan a gusto. Hay veces que la buena vida, y digo buena en el sentido que la entienden los tontos, tiene sus encantos. Paz, tranquilidad y nunca un billete de los grandes para regalárselo a un camarero como propina.

El corte de la música que radiaban y la voz de un locutor le interrumpió. Se oyó netamente:

«Aún no han sido hallados los fugitivos de la prisión de Bowmanton. La policía espera que el premio de diez mil dólares ofrecido a la persona que los capture, o proporcione los datos para su captura, surta el efecto deseado. Los del

F. B. I.

aseguran que en un plazo de tres días habrá terminado la persecución».

El locutor continuó dando otras noticias.

Honey se levantó al oír que sonaba el timbre del teléfono, colgado a la entrada.

Gunn le advirtió sombríamente:

—¡Cuidado con lo que se habla, señorita! No olvide que tengo un juguete peligroso muy cerca de mi mano. Si todos nos portamos bien, la cosa resultará bien.

Ella siguió andando con altanería. Se la oyó decir:

—¡Diga!

—¡Hola! ¿Eres tú?

—No; aún no me he acostado. Estaba leyendo y oyendo la radio. No tengo sueño.

—Claro que no, hombre. Son unas horas que...

Aunque se interrumpió, ya era tarde para borrar la palabra que había usado.

Fred y el resto de los fugitivos habían oído aquel «hombre».

Boyd se puso en pie, como distraído, colocándose al lado de su amigo. Y cuando Fred, en un arrebato de ira incontenible, arrastrado por unos celos justificados, corroborados por el anterior comportamiento de ella, trató de levantarse de la silla para correr

hacia Honey, Boyd le cogió del hombro izquierdo, y con el puño derecho le golpeó la mandíbula.

Fred se tambaleó, terminando por caer al suelo, hecho un ovillo.

Dándose cuenta de las consecuencias, Gunn, de dos zancadas, y empuñando la pistola, se acercó a la joven, que permanecía sin contestar a su interlocutor telefónico, mirando atrás por el ruido hecho.

Gunn la encañonó, y le dio a entender por señas que la mataría si no continuaba hablando tranquilamente por teléfono.

Ella comprendió que se jugaba la vida; los ojos de aquel energúmeno lo decían. Nerviosa, trémula, se despidió del «hombre» y colgó el aparato.

Seguidamente, Gunn arrancó de un tirón el cable y advirtió roncamente a Honey:

—No la mato aquí mismo porque mi amigo Fred no me lo perdonaría. ¡Eres tan perra como todas!... Vais a lo que os conviene. Boyd lleva razón; no se puede creer en vosotras —y, dirigiéndose a los ex-vigilantes—: ¡Eh, vosotros! Echad una ojeada a las habitaciones y a las ventanas. Comprobad si hay escalera de incendios.

Aunque regresaron afirmando que no había peligro alguno, Gunn, llevando por delante a la joven, la metió en su alcoba. Se asomó por la ventana. Daba a la calle, ancha, y no vio escape de aquella habitación. Ella no chillaría, por miedo a morir.

—Duerme aquí, y no se te ocurra jugarnos una trastada. Ándate con cuidado.

Temblorosa, a punto de desmayarse, Honey se dejó caer sobre la cama, sollozando.

Gunn, inmovible, cerró la puerta y se unió a los otros.

Boyd acababa de reanimar a Fred, echándole un jarro de agua en la cara.

—Vamos, Fred, ánimo.

—¿Por qué no me has dejado matarla? —preguntó el joven, aún aturdido.

—No quiero que te suceda lo que a mí. Olvida, Fred. Nosotros tenemos nuestra ruta trazada. Adelante, y a olvidar. Gunn lleva razón en lo que se refiere a las mujeres.

Transcurrió la noche sin novedad. La luz cenicienta del

amanecer, pasando a través de los cristales de las ventanas, los despertó.

Gunn estaba radiante de alegría, y silbaba una tonadilla, mientras preparaba el café en la cocina.

Los otros también habían descansado, encontrando nuevas energías, excepto Fred, que había estado toda la noche en vela, corroído su pensamiento por la desgracia amorosa que le hería.

Llamaron a Honey, que apareció con el rostro cubierto de maquillaje para disimular su palidez. Gunn, sonriente, la invitó a desayunar. Boyd procuró que Fred permaneciese lejos de ella.

Estaban desayunando, cuando sonó el timbre de la puerta. Todos se quedaron rígidos, esperando la segunda llamada. La taza que sostenía Honey se estrelló en el suelo: tan grande era su nerviosismo.

Gunn miró a Honey, escudriñando su rostro.

La reacción fue empuñar las armas y tomar posiciones, defensivas. Boyd preguntó a Honey:

—¿Quién puede ser a estas horas?

—No hay por qué preocuparse —repuso ella, con un hilo de voz —. El lechero viene y llama para que salga a recoger el botellín.

Acababa de hablar, cuando volvieron a llamar, golpeando ahora en la puerta. Se oyó decir a una voz autoritaria:

—¡Abran, en nombre de la Ley!

—¿Cómo lo has hecho?

—Yo, no... —negó ella, pero en su semblante se leía su culpabilidad.

Por algún medio, seguramente echando un papel escrito por la ventana a la calle, a fin de que lo recogiese algún transeúnte, había dado parte a la policía.

—¡Maldita! ¡Gunn no perdona! —Y varió la posición de su pistola, encañonando a la joven.

Fred se interpuso.

—¡No, Gunn! ¡Déjala, o tendremos que matarnos los dos!

El criminal ex-boxeador vaciló un instante. Luego, rechinando los dientes, volvió a apuntar a la puerta, donde, llamaban por tercera vez.

—Hay que salir de aquí como sea. A mí no me cazan en esta ratonera —aseguró, fieramente.

Estaban acorralados. Las rejas estrechaban el cerco alrededor de los fugitivos.

Como siempre, Gunn encontró una posible solución. Su cerebro, estúpido, se despejaba para actos criminales.

Por señas reunió a sus compañeros en el corto pasillo, y hablándoles al oído, les fue diciendo que apuntasen a la puerta, a distintas alturas.

Los cinco fugitivos semejaban una muralla erizada de cañones.

—¡Fuego! —tronó Gunn.

Las pistolas comenzaron a vomitar plomo contra la puerta, cuya madera saltó hecha astillas.

Cuando dejaron de apretar los gatillos, por no gastar el cargador entero, se oyeron unos quejidos al otro lado.

—¡Afuera! —gritó Gunn, empujando a Devlin y a Whipple, que se abalanzaron contra la puerta, con una pierna al frente.

Gunn volvió a la primera estancia, a recoger la cartera de cuero. Vio a Honey en un rincón, tapándose la cara con las manos, horrorizada.

Una sonrisa feroz brilló en los ojillos del criminal. Apuntó y disparó. La bala fue a alojarse en el pecho de la joven, hiriéndola mortalmente.

Siguió a sus compañeros. En el rellano de la escalera, tres policías uniformados estaban tirados en el suelo, desangrándose. De abajo llegaba una serie de detonaciones.

Astuto, Gunn se asomó por el hueco de la escalera: en la planta baja, dos policías, bien atrincherados, cortaban la salida a los fugitivos, que no conseguían vencer aquel obstáculo.

Sin embargo, Gunn sí divisaba totalmente a los parapetados policías desde su posición superior, en vertical completa.

Rápidamente, pero apuntando a placer, apretó una vez el gatillo, varió de blanco y volvió a apretar con una serenidad espantosa. El obstáculo quedaba eliminado.

A saltos bajó las escaleras, alcanzando al resto de sus compañeros en el zaguán.

En el último peldaño, Devlin se retorció con las manos puestas en el estómago, por donde se le iba la vida. Cruelmente, Gunn gastó otra bala más del cargador. No le gustaba dejar delatores a su espalda.

—Afuera hay un coche de la patrulla volante —le comunicó Fred.

—¡A él! —rugió Gunn, ebrio de furor homicida.

Y, adelantándose al grupo, con valentía propia de un loco, se echó de un salto a la calle, y antes que el policía conductor del coche tuviese tiempo de aprestar un arma, le descerrajó un tiro a quema ropa, matándolo en el mismo «baquet».

Como la cartera en la mano izquierda y la pistola en la derecha le impidiesen abrir la portezuela, Gunn aconsejó a sus compañeros:

—Fred; al volante. Quita a ése. Boyd; cúbrenos la retirada. ¡Adentro, y arreando!

Al instante se ejecutaron sus órdenes. Fred puso el motor en marcha, y Boyd sólo tuvo que hacer un disparo para contener el avance de un policía que se acercaba a todo correr, tocando un silbato.

Estaban en Brooklyn. La gente temía los tiroteos en las calles; solía escaparse alguna bala contra las ventanas, y no se asomaban siquiera a curiosear.

—¡Vamos, Fred! —gritó Boyd, subiendo el último, al vehículo.

Gunn, dejando la cartera en el piso del coche, se revolvió en el asiento posterior, y con el cañón de la pistola rompió el cristal de atrás, a fin de acabar con cuantos los persiguiesen.

La huida comenzó a toda celeridad. Fred tomaba las vueltas sin dejar de pisar el acelerador, y el coche se inclinaba peligrosamente, levantándose de dos ruedas.

Poco después el barrio de la difunta Honey quedaba muy atrás.

—Detén un poco la marcha —le aconsejó Boyd a Fred—. Vamos en un coche de la policía. De momento, nadie nos perseguirá. Ha sido una suerte que se tratase de una patrulla volante.

—Enfila para Manhattan. Prefiero aquel tráfico a éste. Allí, si conseguimos otro coche, no tardaremos en despistarlos.

—Nos será imposible llegar allí —advirtió Fred—. Ya estará dada la alarma, los puentes vigilados y los otros coches detrás de nosotros, cortándonos todas las calles.

—Eso lo comprobaremos en seguida —aseguró Boyd, inclinándose por encima del respaldo del «baquet», y abriendo la emisora de radio del coche.

Apenas terminó de manipular, se oyó decir desde la emisora de

la Policía Metropolitana:

«¡Atención todos los coches!... ¡Atención todos los coches!... Los fugitivos de la prisión de Bowmanton se encuentran en Brooklyn. Van en un coche de los nuestros. Son cuatro, y llevan armas. Peligrosos. Tiren a matar. Repetimos...».

Boyd cortó la recepción, y se dejó caer en el asiento, con un suspiro de desaliento.

—No hay que acobardarse, muchachos —manifestó Gunn—. Métete en una calleja, Fred, y abandonaremos este coche. En menos de un segundo tendremos otro. Sé cómo hay que hacer estas cosas.

El automóvil, con su carga de desesperados, se internó por calles transversales, hasta llegar a una que no tenía salida, totalmente solitaria, pues en las fachadas de las casas unos rótulos indicaban que se trataba de almacenes desalquilados.

Se apearon, procurando no aparentar miedo ni prisa, y volvieron a la entrada de la calle. Apenas habían andado unas yardas, vieron estacionada la camioneta de reparto de una lavandería.

En aquel instante, un chino casi enano, cargado con una cesta de mimbre, conteniendo seguramente la ropa sucia de cualquier cliente, se aproximaba al vehículo, que tenía abierta la portezuela trasera.

—Ahí lo tenemos —aseguró el ex-boxeador—. Tú, Fred, ponte al volante. Yo te acompañaré. Y vosotros, sin armar escándalo, subid en volandas al chino y meteos con él entre la ropa y cerrad bien la puerta por dentro. Iréis en un cajón, pero bien cómodos.

A las palabras siguieron los hechos.

Whipple y Boyd, frenéticos como se hallaban, parecieron tener fuerzas hercúleas. Agarrando al chino con la cesta encima, lo levantaron y lo echaron de cabeza a la camioneta, subiendo ellos detrás.

Fred y Gunn se sentaron en el «baquet», y la camioneta despegó de la acera, sin causar alboroto en el vecindario.

La suerte y el ingenio criminal del ex-boxeador les llevarían con bien a Manhattan.

CAPÍTULO VI

A las doce de la noche, los cuatro fugitivos, uno a uno, como si no se conociesen, salían de un cinematógrafo de la calle Este, 169.

Se reunieron dos esquinas más abajo, aprovechándose de la ausencia de un farol en aquel lugar.

Echaron a andar, a buen paso, por separado.

Los cuatro llevaban hundida la mano derecha en el bolsillo. La casa donde residía el cambista amigo de Gunn era una de cinco pisos, destinada en su mayor parte a oficinas.

Los cuatro fugitivos subieron la escalera hasta el tercero, y ante una puerta con un rótulo que decía: «Arthur Kingston», Gunn se detuvo, rodeado de sus compinches.

Pulsó el timbre dos veces seguidas, una pausa y otro timbrazo.

Se oyeron unos pasos pesados en el interior. El ex-boxeador indicó a los otros que se echasen a un lado. Se abrió la mirilla de la puerta, y alguien miró al recién llegado.

—¡Abre pronto! ¿No me conoces?

La puerta se abrió a medias. Como Gunn acostumbraba, entró arrollándolo todo, y detrás de él, sus compañeros, preparados para cualquier emergencia.

El individuo que salió a abrirles no tuvo tiempo de protestar.

Cuando iba a hacerlo, ya estaban los tres dentro del apartamento, recorriendo un largo pasillo que formaba un recodo.

Al fondo, una habitación, iluminada intensamente, con la puerta abierta. Cuatro hombres estaban en ella.

Gunn volvió la cabeza, a decir a sus compañeros:

—Mucho cuidado. Hay demasiada gente, y no había por qué.

El ex-boxeador fue el primero en entrar en la habitación, saludando al que estaba sentado a una mesa de despacho, un tipo

vulgar, calvo, delgadísimo, con un cigarro puro entre los dientes:

—¡Hola, Arthur! Aquí estoy, tal como te prometí —y como notase un gesto de contrariedad del cambista, al ver que le acompañaban tres individuos, le aclaró—: Son amigos míos, que también tienen parte en el asunto. Están en su perfecto derecho de ajustar las condiciones. Y éstos, ¿quiénes son?

Con voz cascada, el tal Arthur Kingston repuso:

—Como ya te dije anoche, yo no podía hacerme cargo de una cantidad tan grande. Tuve que buscar ayuda; más dinero, en una palabra. ¡Bueno! Vamos a ver si es verdad lo que me contaste.

Gunn volvió la cabeza. Pareció quedar satisfecho de las posiciones cogidas por sus camaradas de evasión.

Whipple estaba en el rincón de la izquierda, con su sempiterna colilla apagada en los labios.

Fred se había situado con la espalda pegada a la pared de la derecha y no perdía de vista a Kingston.

Boyd taponaba la puerta, después de haber dejado pasar al que les había abierto la puerta del apartamento.

Los tres tenían la mano derecha en el bolsillo del mismo lado de la chaqueta.

—Aquí está la prueba de que dije la verdad —manifestó, orgullosamente, Gunn, comenzando a sacar fajos de billetes de la cartera y colocándolos en la mesa con mimo exagerado.

Realmente, para él significaba el fruto de muchas privaciones. Aquellos billetes eran ya carne de su carne.

Paseó la mirada astuta de sus ojillos por las caras de los otros, complaciéndose en sus expresiones de asombro.

—¿Qué? No está mal, ¿verdad?

Kingston, con dedos habilidosos, contó rápidamente, exclamando al final:

—¡Ochenta y dos mil dólares! ¡Parece increíble! ¡Buen golpe diste en Doreyville, Gunn!

—Gracias por tus alabanzas, pero vamos derechos al grano, Kingston. Tenemos prisa; nos esperan otros negocios urgentes.

Sonriendo ladinamente, Kingston manifestó:

—El caso es, amigo Gunn, que no tenemos aquí el dinero. Es una cantidad tan exagerada que... antes quisimos comprobar si era cierto. Por tanto, sería conveniente que te dejases aquí el dinero y

vinieses mañana a recoger lo tuyo.

—¡Estás loco! ¿Crees que soy tonto? ¿Te has olvidado ya de quién es Gunn? Todos vais a aprovecharos de nosotros, porque somos unos evadidos, y nos consideráis en inferioridad. Pero os advierto una cosa: no ha nacido todavía el guapo que me engañe. Hacemos ahora mismo el cambio, o nos llevamos el dinero.

—No seas impulsivo, Gunn —le aconsejó, untuosamente, Kingston—. ¿Cómo puedes pensar siquiera por un momento que yo pretendía engañarte? Te he hablado con sinceridad.

—Entonces, cambiadme el dinero que tengáis aquí, en vuestros bolsillos, y mañana vendremos a cambiar el resto.

—Sólo llevaremos encima unos dólares. No seas terco, Gunn. El F. B. I.

os va pisando los talones. El dinero puede ser la soga de vuestra horca, ¿no lo comprendes?

—Gracias por tu consejo, pero nos vamos —y Gunn, atropelladamente, comenzó a recoger los billetes, metiéndolos de nuevo en la cartera.

—¡No harás eso! —gritó uno de los amigos de Kingston, sacando una pistola de la sobaquera y apuntando al criminal.

Habían aprovechado la ocasión, conociendo la habilidad de Gunn con las armas, de encañonarlo cuando él tenía las manos ocupadas.

Una detonación atronó la estancia. El hombre de la pistola se encogió, herido de muerte. Del bolsillo de la chaqueta de Boyd salía una columnita de humo.

Aquello fue lo bastante para que en Gunn se recrudeciese su peculiar crueldad, destruyendo cuanto encontró en la línea de tiro de su pistola rápidamente asida.

De su primer disparo, Kingston cayó de bruces sobre la mesa, con la cabeza deshecha totalmente.

El tiroteo se generalizó, amparándose los forajidos tras los muebles.

Fred, detrás de una butaca, sentía muy cerca los silbidos de los proyectiles, arrancando esquirlas de la pared. Boyd tenía la mejor posición: de un salto atrás, por estar en la puerta, había desaparecido en el pasillo, y asomaba de cuando en cuando para hacer una descarga.

Debajo de la mesa, y sirviéndose del cadáver de Kingston como de parapeto, Gunn esperaba la ocasión de coger al descubierto a cualquiera de los tres enemigos que restaban.

Whipple consiguió matar a uno, asomándose por un lado de su sillón protector. Simultáneamente, un balazo en la frente lo tendió en el suelo.

Boyd, en el pasillo, distinguió la pierna de un enemigo. Le apuntó, y apretó el gatillo. El individuo dio un grito e intentó esconderse en un movimiento brusco. Gunn lo mató con rabia, clavándole dos proyectiles en la espalda, y él mismo, arrojadamente, escurriéndose por debajo de la mesa, asomó la cabeza y descargó las dos últimas balas contra el rincón de la izquierda.

Se hizo el silencio en la estancia. Se ponían en pie los tres fugitivos, cuando oyeron claramente unos golpes en la puerta de entrada, y seguidamente don detonaciones.

—¡La policía! —exclamó Gunn, aterrorizado—. Nos cortan la retirada. Estamos metidos en otra trampa.

Y se lanzó a la ventana, rompiendo los cristales con la pistola descargada.

Gritó victoriosamente:

—Está a nuestro alcance la escalera de incendios. Vámonos por aquí, muchachos. Fred: apaga la luz. ¡Vámonos, Boyd!

Y cogiendo la cartera, sin cerrar, pero con los billetes dentro, abrió las maderas y se encaminó al alféizar, desapareciendo en la oscuridad de la noche. Boyd le seguía.

Fred apagó la luz, y al llegar, sonó una detonación y a la vez él sintió como un hierro candente atravesándole la espalda. Creyó despeñarse en un abismo insondable, perdiendo el conocimiento.

Estaba ya caído Fred, cuando por el pasillo se aproximaron tres individuos vestidos de paisano. El primero de ellos había hecho fuego, hiriendo al fugitivo rezagado, por tenerlo en su línea de tiro.

Pasaron corriendo a la habitación oscurecida. Dos de ellos se asomaron a la ventana.

—¡Están bajando!

El último había encontrado el interruptor, y dio la luz eléctrica. Observó la espeluznante escena que ofrecía la estancia; el suelo sembrado de cadáveres.

Siguió a sus los compañeros, por la ventana, persiguiendo a los delincuentes.

La estancia pareció quedar como morada de la muerte solamente. Hubo un instante de calma, y después, en la calle, se oyeron unas detonaciones y voces de alarma.

Algo se movió en el iluminado despacho de Kingston. Fred Foster había sido pisoteado por los perseguidores, al aproximarse a la ventana, y estaba recobrando los sentidos. Abrió los ojos; aún vivía.

A rastras, soltando la pistola que ya de nada le serviría, se dirigió, barriendo el piso, a la mesa de despacho. Se agarró a las patas, y consiguió ponerse de rodillas.

Alargó el brazo derecho, levantándolo, para coger con mano vacilante el aparato telefónico que había sobre la mesa, y lo puso en el suelo.

Tomó el auricular, después de marcar unas cifras.

—Quiero conferencia urgente con Harrisburg de Pennsylvania, señorita —solicitó con voz débil.

—No sé el número. Por favor, es muy urgente... De vida o muerte... Sólo sé que se llama Horace Anderson, y tiene un establecimiento. Yo quiero el de su casa particular. Dese prisa, por favor.

Colgó el aparato. Respiraba dificultosamente. Se tumbó cuan largo era junto al teléfono, y permaneció inmóvil unos momentos, con los ojos abiertos, como si le diese miedo la eterna noche que le aguardaba.

Al fin sonó el timbre del teléfono. Con la mano libre, Fred lo tomó.

La voz de la telefonista le dijo:

—Su conferencia con el señor Anderson de Harrisburg.

—Gracias. ¡Oiga! ¡Oiga! ¿Es la casa de Horace Anderson?

—Sí, señor. Yo soy su madre. ¿Quién le llama? —preguntó una voz de dulzura especial.

—Yo soy Fred Foster, el amigo de su hijo Horace. Yo la llamé... Yo fui quien... ¿Me conoce usted?

—¡Fred Foster! ¡Oh, sí, claro! Horace no ha hecho otra cosa que hablarme de usted desde que está en casa. Yo le debo mi vida, señor. ¿Dónde está usted? Quisiera verlo, y poder hacer algo por

usted. Ya sé lo que están pasando. Le pido a Dios por ustedes... Horace está con su padre, en el establecimiento, repasando unas cuentas. ¿En qué puedo servirle yo?

Fred Foster no pudo responder de momento, porque una bocanada de sangre le brotó de los labios, manchándole la mano y el aparato telefónico.

Al fin, muy débilmente, rogó.

—Llámeme hijo mío. Llámeme hijo mío. Estoy muriéndome... y... yo quería... tener una madre...

—¿Cómo dice?... —preguntó la desconcertada mujer al otro extremo del hilo telefónico.

—Se lo ruego, señora. Llámeme hijo.

Y entonces Fred oyó que aquella voz dulcísima, que a él le parecía celestial, le decía suavemente, con un cariño conmovedor:

—¿Qué te pasa, hijo mío?

—¡Madre! —musitó Fred, cortándole la palabra un chorro de sangre.

Dio un ronquido, en su estertor, y en las verdes pupilas cristalizó una luz gozosa; al fin conseguía lo ansiado toda su vida.

CAPÍTULO VII

Gunn y Boyd corrían desesperadamente por las calles más lóbregas del barrio, tratando de burlar la persecución.

Llevaban descargadas las armas. El ex-boxeador no soltaba la cartera.

A los tres perseguidores se habían unido varios guardias uniformados.

Llegaron a una calleja y por ella entraron. A su mitad y a la derecha, una valla de hierro limitaba un parque público.

—Vamos arriba, Boyd —le dijo Gunn, echando por lo alto de la valla la cartera, que cayó al otro lado.

Volvieron la cabeza. Sus perseguidores aún no habían doblado la esquina.

Se agarraron a los barrotes y comenzaron a trepar, apoyando los pies en los adornos.

En los extremos puntiagudos de lo alto se dejaron jirones de ropa y de piel, pero consiguieron descender al jardín.

Su mala suerte quiso que en aquellos lugares se encontrase un guardia nocturno, que, alarmado por las detonaciones, y viendo a unos hombres saltar la verja, hizo uso de su pistola y apretó el gatillo dos veces.

Boyd sintió que los proyectiles le perforaban el vientre. Quiso seguir corriendo y no pudo. Las piernas se le negaban a andar, se rebelaban al mandato del cerebro. Se desplomó, cayendo en el césped. Trataba inútilmente de sujetarse con las manos las entrañas heridas.

Gunn lanzó un aullido de lobo. Loco, poseso por la furia del acorralamiento, se arrojó en tromba sobre el guardián, golpeándole a la vez con la cartera y con el puño derecho.

Sonó un estampido, pero Gunn no encajó la bala, y prosiguió machacando bestialmente al vigilante del jardín.

Lo derribó a tierra, lo pisoteó, y le hubiera molido los huesos, si desde la verja no le hubiesen tiroteado sus perseguidores.

Cogió la pistola del caído, y repelió la agresión con dos disparos hechos al azar, y continuó corriendo, sin soltar la cartera.

Se perdió entre las masas sombrías de los árboles, tropezando en las plantas, cayendo de bruces en los setos, levantándose y volviendo a caer, en una carrera infernal que estaba agotándole los pulmones.

Los perseguidores salvaron también la valla en igual forma que los fugitivos, con objeto de no perder tiempo en buscar la entrada. Siguieron la pista del hombre que causaba más ruido que un elefante atravesando un bosque.

No se dieron cuenta de que en el césped, a la derecha, y tras el tronco de un árbol, había tirado un hombre. Vieron al desvanecido vigilante, no al fugitivo herido de muerte. Se perdieron en el parque, detrás de Gunn, y en aquella parte volvió a hacerse el silencio, restableciéndose la calma.

Boyd permanecía de cara al cielo, experimentando terribles sufrimientos. La muerte aleteaba cual trágico búho sobre él.

Por un instante, viendo en lo alto el firmamento tachonado de estrellas como austero manto cuajado de brillantes, Boyd creyó estar en libertad.

Una sacudida de dolor le torció la cabeza, y entonces vio los barrotes de la verja.

Boyd murió con el pensamiento de estar siempre entre rejas...

Miró Gunn las paredes de la celda de los condenados a muerte; tenía la sensación de que iban juntándose para aplastarlo en medio.

Recordó su huida por el parque.

Había sido cazado al intentar salvar la verja por el lado opuesto del jardín. Lo hirieron en la pierna, cuando estaba ya cogido a los barrotes.

En el hospital, no encontró ocasión de fugarse... Y otra vez, condenado a muerte... Dentro de unos instantes se ejecutaría la sentencia.

Se hallaba en la prisión de Bowmanton, sin los fajos de flamantes billetes que tanto le hicieron sufrir. Su fuga había sido

inútil y, además, perjudicial. Antes de fugarse, sólo le esperaban unos años de cárcel; ahora, le aguardaba la cámara de gas.

Gunn tenía miedo; no quería morir. A él le gustaba la vida; las mujeres bonitas, el «*champagne*», las reverencias de los camareros, los... Todo. Le gustaba todo lo que fuese vivir, Y, ahora...

En el silencio de la prisión, se oyeron los pasos de la comitiva que se acercaba a la celda del sentenciado a muerte.

Tras los barrotes aparecieron el director, el pastor y los cuatro vigilantes.

Giró la llave en la cerradura, la puerta se abrió, y el director anunció:

—¡Vamos! ¡Ha llegado la hora!

Gunn se puso en pie de un salto, gritando histéricamente:

—¡No! ¡Yo no quiero morir! ¡Perdón! ¡Yo no quiero morir!

Entre los cuatro guardianes redujeron al criminal. Lo tuvieron que llevar casi a rastras por las galerías.

Gunn, el hombre que se vanagloriaba de su crueldad, el criminal que mataba a sangre fría, y no era cobarde cuando estaba armado, lloraba e imploraba clemencia al entrar en la cámara de gas.

Se cerró la puerta de acero y él quedó a solas, sentado en la fea silla metálica de asiento agujereado. No tenía fuerzas ni para tratar de romper las correas. El antiguo boxeador, el hércules invencible, era una piltrafa humana.

El gas comenzó a fluir, formando caprichosas espirales y volutas en la reducida atmósfera, dibujando preciosos arabescos, como si quisiera enmascarar el fatal poder que en sí encerraba.

Al día siguiente, los periódicos de la nación ultimaban el relato de la captura de los fugitivos de la cárcel de Bowmanton. En uno de los párrafos se leía:

«El Federal Bureau of Investigation cerró el caso en el plazo que prometió. El

F. B. I.

no defrauda nunca. Adivinando inteligentemente que los fugitivos intentarían cambiar el dinero robado en el banco de Doreyville, vigilaron los domicilios de todos los cambistas de Nueva York. Tres agentes especiales

descubrieron a los criminales evadidos en el despacho del cambista Arthur Kingston, y los persiguieron hasta...».

Como es bien sabido, el
F. B. I.
no abandona la pista del delincuente hasta capturarlo.

FIN

Notas

[1] Pudiera traducirse en este caso por: «¡Todo va bien!». < <

[2] Iniciales del Federal Bureau of Investigatioon... < <



WANTED!

COLECCION

GRAN CAÑON

¡LEALA!

RECOMPENSA:

¡EMOCION!